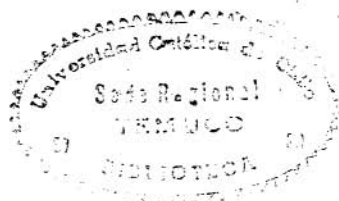


LA RESISTENCIA ANTI-ESPAÑOLA Y EL ROL DE LAS
FORTALEZAS INDIGENAS EN CHILE CENTRAL, 1536-1545

Leonardo León
(ILAS - Londres)



"Vistos los Incas su manera de vivir, los llaman Promaucaes, que quiere decir 'lobos monteses' y de aquí se quedaron Promocaes, que se ha corrupto la lengua porque de antes se llamaban Picones..."
Gerónimo de Bibar, *Crónica y Relación Copiosa y verdadera de los Reynos de Chile* (1558), p.138.

"El Capitán del Ynga llegó hasta Santiago de Chile y 12 leguas más adelante, y viéndolos tan bárbaros los llamó en su lengua Purun Auca, que quiere decir barba-rísimo... no tienen dos dedos de frente, que es señal de gente traidora y bestial, porque los caballos y mulas, angostos de frente lo son... es gente sin ley, sin honra, sin vergüenza..."
Reynaldo de Lizarraga, *Descripción Breve de toda la tierra del Perú, Tucumán, Río de la Plata y Chile* (1605?), p.213.

La entrada de los españoles a Chile Central en 1536 y 1540 ocurrió sin que mediaran grandes ni sangrientas confrontaciones con los nativos. Desde el Perú hasta Santiago, los peninsulares recibieron el apoyo de los tercios imperiales incaicos estacionados en el área y de sus aliados nativos, quienes les proporcionaron apoyo material, político o militar. La conquista de Chile prometía ser un evento que se conseguiría sin mayores costos ni sacrificios. Las viejas leyendas sobre los belicosos Pramaucos parecían ser no más que leyendas. Sin embargo, lo que hasta allí había sido una expansión relativamente fácil fue súbitamente detenida al sur de Santiago y sus alrededores a causa de la obstinada resistencia indígena local.

El desarrollo de la resistencia militar anti-española entre los nativos de Chile central dependió fundamentalmente de la puesta en práctica de un tipo de guerra posicional, basada en la defensa de puntos estratégicos y posiciones claves que permitían controlar los recursos humanos y económicos de los valles vecinos. En dichos puntos, los aborígenes construyeron una serie de fortificaciones y recintos guarnecidos, cuya defensa constituyó el eje central de sus esfuerzos militares contra los invasores, y cuya sobrevivencia se convirtió en el símbolo más visible de la feroz guerra desatada contra los soldados peninsulares. La historia de la conquista de Santiago fue en gran parte la historia de las luchas desatadas en torno a estas fortalezas.

Si eran tan importantes, ¿por qué se sabe tan poco sobre la admiración que causaba su factura entre los veteranos españoles?, ¿por qué no se conoce el orden con que fueron construidos, los materiales que se emplearon, las ceremonias mágico-religiosas que se vinculaban a su existencia? ¿por qué se ha ignorado su existencia, cuando más que ninguna otra expresión material, son un testimonio físico de las múltiples relaciones sociales y del mundo real que existía en la región en la época prehispánica y pre-inca?. Su número, su distribución, su posible integración a sistemas defensivos regionales, su ubicación exacta y su estado actual, son temas que han permanecido ignorados. En otras palabras, la relevancia de los fuertes aborígenes y las

tácticas asociadas con su uso han sido escasamente evaluadas, sus orígenes y vigencia histórica no han sido establecidos con precisión y su posterior extinción, junto con las transformaciones estructurales y coyunturales que los provocaron, han sido tradicionalmente aceptados por historiadores, arqueólogos y antropólogos como hechos históricos que no merecen mayor explicación. En este trabajo no se intentará dar una explicación sobre la actitud asumida por los especialistas; solamente nos limitaremos a estudiar la resistencia indígena en Chile central, analizando el rol jugado por los fuertes y las tácticas asociadas con su uso y defensa. De modo secundario, pero no menos importante, se intentará establecer una cronología más precisa de la guerra librada entre indios y españoles por el dominio del área y demostrar que la resistencia nativa, lejos de ser un evento fortuito o coyuntural, fue la expresión de un esfuerzo coordinado y pertinaz.

Debido al carácter fragmentario de los testimonios y, en general, a las dificultades metodológicas que presenta un estudio histórico cuyo enfoque está orientado hacia la sociedad indígena, se ha dividido este trabajo en dos partes. En la primera parte se articularán cronológicamente los testimonios de cronistas y soldados, tratando de reconstruir, hasta donde lo permiten las fuentes, el proceso histórico que tomó lugar. En la segunda parte se realizará una síntesis interpretativa, -basada en la evidencia presentada previamente y en los aportes realizados por especialistas modernos- destinada a evaluar el rol de los fuertes en el seno de la sociedad aborígen. Al final se incluyen algunos dibujos que representan gráficamente las descripciones de los fuertes incluidas en el texto.

La región definida como Chile central comprenderá el territorio situado entre los ríos Limarí y Maule, base geográfica durante el período 1536-1545 de por lo menos tres grandes grupos étnico-sociales: los habitantes originales del área, aliados o sometidos al dominio del Inca, las guarniciones peruanas y las colonias de mitimaes y, finalmente, los Pramaucos e indios independientes. Los dos primeros grupos estaban asentados principalmente en los valles de Aconcagua y Santiago, y los terceros

desde las vecindades del río Maipo hasta los ríos Maule o Itata; algunos de estos últimos ocupaban también algunas secciones al norte del río Maipo.

Antes de concluir esta introducción es necesario dar una explicación respecto a las fuentes que se emplearon para realizar este trabajo. Se ha recurrido a testimonios provenientes de diversas épocas. De los protagonistas y testigos contemporáneos se han utilizado las Probanzas e Informaciones de Servicios dejadas por los soldados hispanos, las cartas del gobernador Pedro de Valdivia y, por sobre todo, la crónica de Gerónimo de Bibar, publicada recién en 1966. A estos testimonios directos se agregaron el poema de Alonso de Ercilla y Zúñiga (1569), y las crónicas de Alonso de Góngora y Marmolejo (1575) y Pedro Mariño de Lobera (1959). Estos autores, llegados al país en los años inmediatamente posteriores a la guerra de 1536-1545, tuvieron oportunidad de entrevistar a los soldados y recoger noticias que no fueron incorporadas en los testimonios más tempranos. Finalmente se utilizaron las historias escritas en el siglo XVII por Alonso de Ovalle (1646), Diego Rosales (1670) y Gerónimo de Quiroga (1690), buscando antecedentes adicionales. Metodológicamente, los testimonios directos son los más importantes, pues los detalles que proveen constituyen el núcleo de nuestro trabajo; sin embargo, en la medida que fueron escritos para resaltar las acciones de algunos individuos, son a veces exagerados o contradictorios. Por sobre todo, la información que entregan es sumamente parcial y fragmentaria. Por ello fue necesario acudir a las obras más tardías, que a pesar de las faltas que tienen en su propio mérito, proporcionan un cuadro más amplio que permite comprender mejor el contexto en que se desarrolló el conflicto.

I PARTE

LA RESISTENCIA ANTI-PENINSULAR EN CHILE CENTRAL, 1536-1545.

LA CAMPANA DE DIEGO DE ALMAGRO EN CHILE CENTRAL, 1536.

Las primeras noticias relativas a la guerra de resistencia contra los peninsulares entre los habitantes del valle central se remontan a los días en que las fuerzas de Diego de Almagro entraron a sus territorios. Instalado con sus hombres en Aconcagua, el Adelantado envió al capitán Gómez de Alvarado a la región meridional del valle "á descubrir e conquistar desde el pueblo de Chile adelante, que fueron la provincia de los Picones e río Maule, y los ríos de Itata... donde había muchas poblaciones de indios, los cuales conquistamos teniendo muchos recuentros con ellos..." señalaba uno de los soldados que participó en la expedición(1). Diego de Encinas, quien también tomó parte de la misma, declaraba en Agosto de 1559 que había luchado contra "los Picones, y Pamaraucaes y Maule e Itata"(2). Refiriéndose al carácter que asumió la guerra y al empleo de fuertes entre los indios, otro testigo declaraba:

"que sabe que en el dicho descubrimiento tuvieron muchos rencuentros y batallas con los naturales de aquella tierra, porque este testigo lo vió, porque se halló en la jornada y fue en ella, y en ello pasaron muchos peligros e riesgos, por ser la gente de aquella tierra muy belicosas y fuertes, por haber mucha cantidad de naturales y ser astutos en guardar en pié sus fuertes que tenían hecho para su defensa..."(3).

El cronista Mariño de Lobera afirmaba que durante la batalla sostenida entre los soldados de Gómez de Alvarado y los indígenas,

"salieron los enemigos con no menos orden que fuerza de gente instruída, sus escuadrones formados con gran suma de flecheros y piqueros... y saliendo a campo raso se pusieron en orden de pelea hacia la parte de una loma..."(4)

La batalla fue ganada por los españoles, continuaba Mariño de Lobera, porque los indígenas, a pesar de su gran número y coraje, "no estaban hechos a entender con gente de a caballo; no cursados en escaramucear en campo raso..." (5). Gerónimo de Quiroga, soldado cronista del siglo XVII, haciendo uso quien sabe de qué documentos, manifestaba que los hombres de Almagro llegaron "hasta la línea de los Pramaucos, 20 leguas arriba de la ciudad de Santiago, que era la parte conquistada por los Capitanes del Inca. Aquí se encontró con la bárbara oposición de los chilenos, y aunque acometió a romper la línea auxiliado de las armas del Inca que ocupaban esta frontera, se detuvo considerando la flaqueza de sus fuerzas..."(6). Alonso de Ovalle, al describir la expedición apuntaba en 1646 que luego de ser servidos y agasajados por los vasallos que tenía el Inca en Chile, los españoles llegaron hasta las tierras de los Pramaucos "que fue la raya que nunca pudieron pasar los Reyes del Perú, halló la misma resistencia que ellos habían hallado..."(7).

La idea de una 'línea' o 'raya', que separaba a los Pramaucos de los territorios dominados por el Inca en Chile central, subrayada por los cronistas, permite pensar que alrededor de 1536 existía una frontera física bien definida entre ambas etnias. Si acaso esta frontera o 'línea' estaba constituida por una barrera de fuertes y complejos defensivos es algo difícil de concluir por lo escaso de la evidencia, pero la falta de experiencia mostrada por los indios en batallas a campo abierto -señalada por Mariño de Lobera- tiende a reafirmar la misma idea: que los habitantes del valle central de Chile luchaban por sus tierras implementando tácticas de guerra defensiva y posicio-

nal. Si esta línea de fuertes efectivamente existió -y en este trabajo se cree que sí existió- su independencia y autonomía de los sistemas defensivos-ofensivos construidos por los soldados del inca queda demostrada por la participación de estos últimos en las campañas destinadas a destruirla.

A pesar del triunfo obtenido por los soldados de Almagro en la región meridional del valle central, la tenacidad de la resistencia nativa -similar a la encontrada antes por el ejército del Inca- convencieron, entre otros factores, al conquistador sobre la necesidad de volver sobre sus pasos. El primer encuentro entre los hispanos y los aborígenes del área resultó así en un triunfo decisivo para los últimos. Al mismo tiempo sirvió como un ejercicio preliminar para lo que más tarde sería una larga guerra desarrollada en torno a la defensa de la expresión material más definida de la independencia que gozaban los indígenas: sus fortalezas y posiciones guarnecidas.

LA FUNDACION DE SANTIAGO Y LA CAMPAÑA CONTRA MICHIMALONCO.

La entrada de la hueste valdiviana al valle central de Chile, a principios de 1541, coincidió con un período de intensas confrontaciones entre los nativos del área y los representantes del ahora decadente imperio inca, luego que el frágil dominio de los hombres del Cuzco en la región fue debilitado por el desarrollo de las divisiones intestinas que tomaban lugar en Perú y el desmembramiento general del imperio a raíz de la invasión peninsular. A consecuencia de estas confrontaciones locales, los habitantes del valle central se hallaban divididos en dos bandos, uno encabezado por Michimalonco y Tanjalongo, señores del valle de Aconcagua, y el otro por Quilicanta y Atepudo, que comandaban el apoyo de las guarniciones incas y de sus aliados en la región. Asentados estos últimos en Santiago, hasta donde acudían los guerreros de Michimalonco luego de haberlos expulsado de sus tierras, fueron los primeros en entrevistarse con Valdivia y sus capitanes.

El parlamento celebrado por Valdivia con los jefes de la región de Santiago y los representantes del incanato tomó lugar en los primeros días de Febrero. A él asistieron Quilicanta, Atepudo y once caciques "que eran amigos y allegados de aquellos dos", quienes fueron informados por Valdivia de las intenciones de la corona de España y llamados a servir a los habitantes de la ciudad que se fundaba, tal como lo hacían "los caciques e indios del Perú"(8). Debilitados por la larga guerra y conscientes de su precaria posición en medio de la población local, Quilicanta y Atepudo no tuvieron otra alternativa más que aceptar y enviar a sus hombres en mitas de ocho para que ayudasen a construir los aposentos de los conquistadores a los pies del cerro Huelén, "de madera y paja con las traza que les dí" como señalara más tarde el propio Valdivia. No menos importante había sido en la decisión de los curacas el apoyo que sus jefes de más al norte otorgaban a los españoles.

Valdivia convocó a los líderes indígenas a un segundo parlamento, al que acudieron, según Bibar, "toda la mayor parte de todos los comarcanos" (9) con la excepción de Michimalonco. Al tanto del poder y la influencia que ejercía el viejo líder sobre los aborígenes, Valdivia envió mensajeros hacia Aconcagua ofreciendo tratarle "su persona, y tierra y gente como de señor, pues lo era, con tanto que le viniese a dar la obediencia y servicio a su magestad y a los cristianos"(10). Al tomar este camino, el conquistador seguía el ejemplo de los incas quienes, incapaces de derrotarlo, habían concedido a Michimalonco y su gente un status especial en el seno del Tiahuantinsuyu (11). La respuesta que dió Michimalonco a la propuesta del gobernador no se hizo esperar, afirmando que no quería servir "que antes tenía voluntad y propósito de matar a todos los señores que habían venido a el dar la obediencia, y que él estaba en parte tan segura que no tenía miedo a los cristianos, y que de allí donde estaba era parte para ofender y matar..."(12).

La actitud asumida por Michimalonco ponía en serio riesgo la ascendencia de Valdivia y sus compañeros sobre los demás indígenas del área y surgía como un serio desafío a la

autoridad que representaban y que deseaban imponer en la región. La permanencia de un bloque no sometido, a espaldas de la ciudad, constituía además un peligro militar para el establecimiento de líneas de apoyo logístico con los mitimaes septentrionales y las fuerzas españolas asentadas en Perú: el futuro mismo de la colonia estaba amenazado y no convenía que la situación se extendiera por más tiempo. La amenaza se hacía aún más seria con los rumores que Michimalonco esparcía desde Aconcagua señalando que de Copiapó le habían comunicado la muerte de Pizarro a manos de Diego de Almagro y la fuga de los hispanos desde el Perú (13). Todo aconsejaba dar un paso decisivo y eliminar la fuente de los riesgos que se cernían sobre la joven ciudad.

En Julio de 1541, la hueste valdiviana inició una larga y desgastadora ofensiva militar contra los asentamientos indígenas del valle central. Su primer objetivo sería quebrar la espina dorsal de lo que comenzaba a perfilarse como una obstinada resistencia: las posiciones defensivas de Michimalonco y sus aliados en el valle de Aconcagua. Al respecto, uno de los capitanes que acompañó a Valdivia, manifestaba más tarde que el general español se había dirigido con sus hombres "al valle de Aconcagua é Chile... a desbaratar al cacique Michimalonco que allí estaba hecho fuerte é alzado con gente de guerra en un Pucará..."(14). Otro capitán afirmaba en 1560 que durante una expedición realizada por Valdivia en ambos valles "se informó el dicho capitán del Fuerte donde se decía que Michimalonco estaba con grande ejército de gente..."(15) Pedro de Miranda, de destacada actuación en las posteriores campañas de pacificación y conquista en el país, señalaba en 1564: "después de estar poblada esta ciudad de Santiago los naturales de ella se rebelaron, haciendo muchos fuertes e pucaraes, donde fue necesario al dicho gobernador enviar gente e ir en persona a los desbaratar, y en su acompañamiento fue el dicho Pedro de Miranda, y en especial en el valle de Chile, donde estaba Michimalonco, cacique principal, alzado, con mucho número de indios"(16). Haciendo referencia a las ofertas hechas por Valdivia a los líderes de los guerreros de Aconcagua, Santiago de Azócar declaraba que Valdivia había tenido nuevas "que un Capitán General llamado Michimalonco, convocador e juntador de los naturales rebelados, estaba hecho fuerte en un Pucara y

fuerte en el valle de Chile, que doce leguas desta dicha ciudad, juntando y congregando gente para proseguir su alteración é no dar la obediencia que se le pedía..."(17). Otro capitán español, Antonio de Taravajano, insistía en su declaración respecto a la creciente concentración de guerreros bajo el liderazgo de Michimalonco y sus tenientes al afirmar: "el cacique Michimalonco hizo juntas de gentes y fuertes en el valle de Chile, de donde hacía la guerra y el dicho Gobernador fue con gente á pacificarlo..."(18).

El encuentro de Valdivia con los guerreros de Michimalonco no fue casual ni fortuito; por el contrario, como se desprende de las declaraciones de sus capitanes, el general español estaba bien enterado del lugar y la posición en que se encontraba Michimalonco, contra quien se dirigió "con ochenta españoles de a pié é de a caballo..."(19). Seguramente engrosaban el contingente peninsular un considerable número de yanaconas y soldados de las guarniciones incas, además de sus aliados aborígenes. De todos modos, el terreno en que se definiría el destino de los habitantes del valle de Aconcagua había sido elegido por los indígenas, quienes además habían tenido tiempo para concentrar sus recursos materiales y humanos por meses. Sobre el número de los defensores del fuerte de Michimalonco, Rodrigo de Quiroga manifestaba que "el dicho gobernador fue al valle de Chile, donde halló en un fuerte al Cacique Michimalonco con muchos indios de guerra..."(20). Según Bibar el número de guerreros ascendió a 4.000.-

No existen datos que permitan señalar el lugar exacto donde Michimalonco y sus guerreros esperaron a Valdivia. Bibar, afirmaba que Michimalonco se había enterado de la venida de los españoles una vez que estos habían "llegado al valle de Aconcagua doce leguas de la ciudad..."(22). El mismo Bibar, en otra parte de su crónica, refiriéndose a los territorios sobre los que el líder indígena ejercía su poder apuntaba: "Los señores de este valle (Aconcagua) son dos. Sus nombres son estos: el uno Tanjalongo; este mandaba de la mitad del valle a la mar; el otro cacique se dice Michimalonco; este manda y señorea la mitad del valle hasta la sierra" (23). Mariño de Lobera, refiriéndose al

camino recorrido por la columna española señalaba que había salido de Santiago "dando la vuelta al valle de Chile" donde se enteró "de que el general Michimalonco estaba en un fuerte con mucha gente belicosa y pertrechada para la guerra"(24).

Con el arribo de los españoles a los terrenos vecinos al fuerte de Michimalonco, el enfrentamiento entre ambas fuerzas adquirió las formalidades de una batalla entre iguales. Todavía interesado en llegar a un compromiso con el líder indígena, Valdivia usó los servicios de un intérprete para aconsejar a los defensores "que dejaran el fuerte desembarazado, pues del hacerlo así les vendría en gran provecho, y de lo contrario, mucho daño ... más ningún medio fue parte para que dejase el bárbaro general y sus capitanes de estar muy enteros en la defensa de su fuerte...(25). Mientras estos fallidos intentos de conseguir paz sin derramar sangre tamaban lugar, Valdivia y sus capitanes se dedicaban a reconocer las posiciones defensivas "admirándose de ver tan fuerte sitio y peligroso para combatir..."(26). "Tenía un fuerte hecho -señalaba Bibar- extrañamente ordenado en esta forma: los Algarrobos son árboles grandes en esta tierra y de grandes y gruesas púas; son tan largas como clavos de medio tillado y recias y muy espesas. De estas ramas y árboles tenía este cacique hecho un fuerte tan fuerte que era tan aparejado para ofender como para defender principalmente a gente de a caballo. Estaba tan tejido y tan grueso que parecía muralla, y aquella trinchera iba por la delantera de este fuerte. De una parte tenía una lama alta y por el otro lado tenía un gran cerro de muy grandes peñascos, y por la falda corría un pequeño río montuoso. En este campás que había entre dos cerros era llano y aquí estaban los indios de guerra con sus hijos y mujeres. Casi estos dos cerros se juntan con la cordillera nevada y venían abajo ensanchando donde digo que estaba la trinchera, la cual estaba de la una punta del cerro a la otra que casi estaba derecho, y a partes convenientes hechas troneras para flechar y para salir por ellas"(27). Además los indios habían construido un camino "muy limpio" que servía para llegar a la entrada del fuerte.

Con el fracaso de las negociaciones, Valdivia dispuso

que Francisco de Aguirre y Francisco de Villagrán atacasen con 20 jinetes el fuerte desde la cima mientras él se dedicaba a combatir a los guerreros que defendían la primera trinchera de la fortaleza. El plan dio resultado, pues una vez que los jinetes lograron entrar al fuerte, los defensores se vieron acorralados entre dos fuegos, atinando solo a escapar. "Viendo Michimalonco sus indios muertos y desbaratados -escribía Bibar-, salió a que los cristianos le viesan desnudo en carnes embijado y arrayado con tinta negra todo el rostro y cuerpo por que así lo acostumbra ellos por ferocidad. Traía sus vergüenzas tapadas con una cobertura hecha de pluma; traía su arco y flecha en las manos, diciendo INCHI MICHIMALONCO, que quiere decir 'Yo soy Michimalonco'" (28).

La batalla por el fuerte de Aconcagua duró entre dos y tres horas hasta que "fue arruinada la fortaleza, y la victoria declarada por los cristianos, habiendo muerto muchos indios y saliendo otros heridos y presos..." (29). Santiago de Azócar, quien participó en la batalla, apuntaba más tarde en su Probanza de Méritos y Servicios: "todos a pié acometieron el dicho fuerte y Pucará, en cuya defensa hallaron tan recia del dicho Michimalonco é de los que con él estaban que hirieron a muchos de los españoles que allí iban é mataron a uno dellos..." (30). El acontecimiento más feliz para los españoles fue la captura de Michimalonco, a manos del capitán Rodrigo de Quiroga, quien ordenó a sus guerreros que suspendieran el combate disparando al aire una flecha "la cual iba silbando, las cuales traen para este efecto: Cuando hace esta seña el señor o capitán es que no peleen más" (31). De acuerdo a Bibar, Michimalonco fue presentado a Valdivia a quien le pidió que ordenara a sus hombres que "no me maten más gente, porque yo ya he mandado a la mía que no peleen, y les he mandado que vengán a servir". Con su prisión, señalaba Quiroga años más tarde "cesó luego la guerra, y vinieron de paz todos los dichos indios..." (32). Con Michimalonco en su poder, Valdivia no aprovechó la oportunidad para cortarle la cabeza, anotaba Mariño de Lobera, "antes procuró por todas vías hacer dél un buen amigo, acariciándole para que él (como quien tenía mano en todo) diese orden que todos viniesen de paz..." (33). Tampoco recibió las mujeres ni las propiedades que Michimalonco le ofreció ni el oro que supuestamente estaba escondido en la segunda plaza del fuerte,

manifestándole que lo único que tendría valor sería su lealtad y sumisión a la corona de España.

El hábil manejo de Valdivia en su trato con Michimalanco dio mejores frutos que los esperados, pues mientras el general español reponía sus fuerzas y curaba a los heridos en las afueras del fuerte, el jefe indígena decidió informarle de la ubicación de los yacimientos de oro desde donde se extraía el metal para enviarlo al Cuzco en los años previos y estuvo de acuerdo en enviar más de mil mancebos para reiniciar su explotación.

Con la información recibida respecto de las antiguas minas de oro de los incas, -información que hasta allí le habían negado los últimos representantes del imperio- Valdivia comisionó a los capitanes Aguirre y Villagrán y cuatro soldados para que se dirigieran a comprobar su existencia en los parajes de Marga Marga. En su viaje hacia la costa, los capitanes fueron recibidos por Tanjalongo y otros caciques locales que prometieron mantenerse en paz. Una vez vistas las minas, Aguirre y Villagrán emprendieron su retorno solamente para comprobar que el camino había sido tomado por los guerreros del jefe Leve, quien había construido un fuerte "junto a una laguna de la cual desaguaba un río no muy grande, muy montuoso, de grandes árboles. Desde la laguna hasta el río en un codo que la laguna y el río hace hicieron una cava honda de más de una lanza, y más de diez pies en ancho con una puente levadiza. En esta plaza, que hacía esta cava, tenían sus hijos y mugeres. Adelante de esta cava había otra plaza casi tan larga y luego una trinchera de palos muy gruesos de rama muy bien entretejido y hechas sus troneras para flechar, y hecha en medio una pequeña puerta que no cabía más que un hombre abajado, y va esta trinchera o palizada en arco. Por de fuera de esta palizada iba un foso de más de veinte pies en hondo y casi otros tantos en ancho llena de agua, y tenía por puente tres palos. Dentro de esta plaza estaba la gente de guerra. Junto a la puente a un lado había tres casas. Todo el llano de la frontera de este fuerte tenían echadas las acequias de agua, que estaba todo empanzanado. Como la tierra es fofa y se hincha de agua, no se puede andar a caballo a causa que se ahondan. La gente de guerra

que había en este fuerte harán seiscientos hombres... Estaba este fuerte para no tener artillería ni ser torreado muy fuerte"(34).

A pesar de su corto número, los jinetes españoles acordaron atacar el fuerte del jefe Leve. Antes de hacerlo capturaron un espía de éste quien les informó sobre su factura y distribución. Al amanecer, los seis peninsulares irrumpieron con sus caballos a través del foso; Diego Sánchez de Morales, uno de los soldados, con más habilidad que los demás logró cruzar su puente, pasar la puerta y tomar posesión de las tres casas en que dormían los principales jefes. Pronto se sumaron los demás españoles, ante cuya presencia Leve y sus aliados se rindieron mientras los defensores del fuerte huían despavoridos. Sin derramar una gota de sangre, con esta batalla se completó el aparente sometimiento del valle de Aconcagua.

El primer enfrentamiento entre los hispanos y los nativos del valle central resultó favorable para los armas peninsulares, las que regresaron a Santiago convencidas que el poder militar de Michimalonco y sus aliados quedaba quebrado para siempre. Atrás quedaba el jefe indígena con el amargo sabor de la derrota, privado de una considerable cantidad de hombres destinados a la mita minera y aún asombrado del hábil asalto que protagonizaron los soldados europeos contra su fuerte; una posición que por años había sido considerada inexpugnable había sido derrotada después de pocas horas de combate, permitiendo a sus asaltantes obtener lo que deseaban: el sometimiento del viejo cacique y la consolidación de su fama como soldados disciplinados y entusiastas.

Un elemento que contribuyó a la derrota de Michimalonco fue el aparente carácter dual de población y fuerte que tenía su posición defensiva en Aconcagua. Esta combinación quedó reflejada en la presencia, dentro del fuerte, de mujeres y niños, que no participaron en la defensa pero cuya posible muerte llevó al jefe a rendirse. Otro elemento que puede ser tomado en cuenta para fundamentar el carácter dual de la posición es la descripción ambigua que hicieron los soldados españoles, que describieron el sitio utilizando las palabras "Pucará y fuerte". Rodrigo de Quiroga, por ejemplo, señalaba en este sentido: "se alzaron los

naturales y hicieron muchos Pucaraes y fuertes, a donde fue el dicho Gobernador... especial el dicho Gobernador fue al valle de Chile..."(35). Juan de Cuevas, vecino de Santiago, utilizó términos similares cuando afirmaba que se había encontrado en la batalla que se libró "en el Pucara é fuerte del valle de Chile con el cacique Michimalonco..."(36). Diego García de Cáceres, otro de los soldados que participó en el combate, manifestaba en 1560 que Michimalonco y sus guerreros se instalaron "en un pucará, e dió en él con su gente una mañana (Valdivia), combatiendo el dicho fuerte..."(37). Si bien la combinación premeditada de palabras que hicieron los españoles para describir el antiguo lar de Michimalonco no puede ser esgrimido como una prueba definitiva y concluyente de su carácter dual, es innegable que la presencia de una población no militar hizo más fácil la victoria para los españoles porque los líderes indígenas se vieron obligados a rendirse antes que sacrificar la vida de sus mujeres e hijos. En otras condiciones, la fuga y el abandono del fuerte habría dejado la batalla inconclusa y el poderío militar de sus defensores más o menos intacto. Este error cometido por Michimalonco, sería más tarde superado por los estrategias indígenas, quienes propiciarían el abandono total de sus poblaciones y concentrarían solamente sus fuerzas militares en las posiciones que esperaban defender. El fuerte-pucará de Michimalonco, que al parecer no fue destruido por Valdivia ni fue abandonado por sus habitantes, quedó como un testigo mudo del error que habían cometido en el primer enfrentamiento que se libró con los invasores españoles.

LA PRIMERA CAMPAÑA CONTRA LOS PROMAUCAES, 1541.

Con la aparente eliminación del peligro que desde el norte se cernía sobre la ciudad, Valdivia y sus hombres se prepararon para conquistar las tierras que hacia el sur controlaban los indánitos Promaucaes. Allí, a diferencia de lo que sucedía con los territorios que estuvieron sometidos al incanato, los hispanos no podían contar con el valioso apoyo que les proporcionaban las guarniciones militares ni los mitimaes establecidos desde el Cuzco. Antes de iniciar la expansión hacia el sur, los

españoles tenían que consolidar sus posiciones en Santiago y sus alrededores.

En medio de los preparativos que se realizaban para la nueva campaña los yanaconas y espías que tenía Valdivia entre los nativos le informaron que los naturales de Santiago habían unido sus fuerzas con las de sus antiguos enemigos peruanos y que se había formado una amplia confederación que se extendía desde Aconcagua hasta las tierras de los Pramaucos. "Ayuntáronse más todos los indios del valle del Mapocho -anotaba Bibar- y otros que llaman los Picones, que son los que agora se dicen Pormocoes... que eran todos diez y seis mil indios"(38). Valdivia convocó a un nuevo parlamento a los jefes locales para exigirles el cumplimiento de los acuerdos previos. Durante este parlamento, celebrado a principios de agosto, los jefes que asistieron expresaron "estar ellos libres desta nota sin haber intervenido en la conjuración que otros intentaban, haciendo grandes ofertas y promesas..."(39). Quilicanta, que se encontraba detenido en Santiago, al ser urgido por Valdivia a convocar a sus hambres para que se mantuvieran en paz, o que bien se declararan en abierta rebeldía, respondió "que él no era ya parte para lo uno ni para lo otro, por no ser obedecido después que entraron los españoles..."(40). Con la amenaza de una nueva guerra, el gobernador dispuso el encarcelamiento de los jefes indígenas y se alistó para atacar los asentamientos de Michimalonco. A éste último se acusaba de ser el inspirador de las nuevas hostilidades y el autor del ataque perpetrado contra los indios mineros de Marga-Marga y contra el astillero que los españoles tenían en las cercanías de Quintero.

A fines de agosto de 1541, Valdivia partió con sus hambres rumbo a Aconcagua con el ánimo de destruir definitivamente el poder militar de Michimalonco y sus aliados. Sin embargo, luego de haberse enterado que toda la gente de guerra de la provincia de los Pormocoes se había juntado en el río Cachapoal, y que allí tenían hecho un fuerte con el señor de aquel valle y haberse enterado de la traición que planeaban algunos de sus auxiliares, retornó rápidamente a la ciudad. Al tanto de la vuelta de Valdivia, los Pramaucos detuvieron la marcha que planeaban contra el asentamiento hispano y se quedaron "quedados en aquel fuerte".

La presencia del contingente Pramaucæ en el fuerte de Cachapoal fue vista por Valdivia y sus capitanes como una amenaza más seria que la representada por la unión de Michimalanco con parte de los destacamentos cuzqueños. "Guiado por su natural arrogancia i por la confianza que le inspiraban sus guerresos"(42) -apuntaba Barros Arana- el general español modificó sus planes y salió rumbo al sur. De modo improvisado, se iniciaba la primera campaña contra los Pramaucæ.

De acuerdo a los informes escritos por Valdivia, el número de indígenas que defendían el fuerte de Cachapoal ascendía a más de 10.000 hombres, cifra que de ser exacta constituiría la más grande manifestación de fuerza hecha por los Pramaucæ en toda la guerra. Se ha llegado a este número teniendo en cuenta la afirmación hecha por Valdivia en una de sus cartas, en la que manifiesta haber atacado "la mayor parte de los alzados", mientras describe a las fuerzas movilizadas por Michimalanco y Quilicanta en "ocho o diez mil ..." (43). En cuanto a las tropas hispanas, su número varía con las fuentes; Quiroga lo pone en 50 y Bíbar en 60, mientras el gobernador afirmaba haberse dirigido "con ciento de a caballo a deshacer los fuertes donde la gente de guerra se favorecía, a quince é veinte leguas de la ciudad..." (44). Esta última cifra es menos confiable, porque en la misma carta Valdivia señalaba haber dejado 50 hombres en la ciudad, lo que hacía una población europea de 150 hombres, olvidando descontar los muertos de Quintero -entre 10 y 20 según las fuentes- y los cinco complotadores ajusticiados en las semanas previas. De todos modos, la movilización hacia el sur parece haber sido considerable, lo que deja en evidencia la seriedad con que Valdivia tomó la amenaza Pramaucæ. El mismo se encargó de enfatizar la importancia de la campaña en el discurso que pronunció a sus soldados antes de salir de la ciudad: "en esta jornada hay necesidad de mi ida y que yo en persona vaya a traer de paz a la provincia Pomocæ, pues tanto nos hace el caso pues, viniendo ésta como más principal, toda la tierra vendrá a servir muy presto" (45).

Con su interés siempre puesto en conseguir una paz negociada con los indígenas, el gobernador llevó consigo a dos

jefes Pramaucos que permanecían cautivos en Santiago. Estos jefes parecen haber tenido a su cargo la creación de una alianza militar con la gente de Michimalonco y Quilicanta, pues Valdivia se apresuró en señalar que los llevaba consigo para impedir tales contactos, "atentos a que no son tan cautelosos, y no querría que aprendiesen de ellos"(46). Después de entregar el mando de la ciudad a su teniente Monroy, el gobernador "se salió de la ciudad y caminó hasta el río Cachapoal donde los indios tenían hecho un fuerte. Estaba con ellos -señalaba Bibar- un señor que se decía Cachapoal, de donde el río por esta causa llamaron Cachapoal. Llegado a la vista del fuerte donde los indios estaban, les hizo muestra con toda su gente española"(47). Por primera vez Valdivia oponía sus hambres a los Pramaucos, pero lo hacía en el terreno que ellos habían elegido y donde más les convenía luchar.

La factura del fuerte de Cachapoal debe haber sido impresionante y bien preparado para su defensa, porque luego de observarlo, el general español simuló abandonar el campo "para ver si los indios salían del fuerte". El truco funcionó, pues los defensores de Cachapoal abandonaron el refugio que les proporcionaban sus murallas y salieron en persecución de los peninsulares. Estos últimos volvieron a Cachapoal al caer la noche y se apoderaron del complejo defensivo. "Dio en ellos de tal suerte -escribía Bibar- que hirió y mató muchos de ellos de tal suerte que el que pudo huir no pensaba que había sido poco valiente"(48).

La captura del fuerte de Cachapoal fue una victoria parcial y cara. Sin lograr derrotar al grueso del contingente Pramaucos allí concentrado, se brindó la oportunidad a Michimalonco y Quilicanta para que atacaran la ciudad (49). Santiago, pobremente defendida, sucumbió ante el ataque indígena la trágica noche del 11 de septiembre, fecha en que sus habitantes lucharon con considerable arrojo contra miles de enemigos. Michimalonco, el astuto líder de la confederación formada por los indígenas de Aconcagua y el valle del Mapocho, incluso tuvo fuerzas con que entretener "al capitán Valdivia porque no pudiese acudir a dar socorro a los de su pueblo"(50). En términos militares, el resultado de la primera campaña contra los Pramaucos no podía ser más amargo. ¿Por qué había arriesgado tanto Valdivia?. La respuesta

debe buscarse tanto en el ritmo general que imponía la empresa de conquista castellana como en las expectativas de Valdivia y sus soldados, obligándolos a buscar siempre nuevas y lucrativas iniciativas en las cuales poder participar y procurar un botín que les reembolsara en poco tiempo lo invertido. La empresa valdiviana, por más que se diferenció de las demás empresas de conquista en su carácter colonizador, no escapó a esta dinámica ni a los problemas que ella generaba. Conocidos son los pleitos entre el jefe de la expedición y sus socios en Perú y el descontento que comenzaba a cundir entre sus hambres, que veían con temor como la empresa adquiría un carácter cada vez más colonizador. Lo que se requería era continuar la expansión hacia el sur, descubrir nuevas tierras, reclutar mano de obra para las tareas agrícolas y mineras del valle de Santiago, asegurar el dominio para Chile de las extensas y desconocidas tierras australes y, por sobre todo, tener acceso a la tierra y a los indígenas que les convertirían en señores.

Las necesidades que impuso el proceso de conquista privado de Chile se hacían aún más acuciantes con el desarrollo de nuevas expectativas entre los conquistadores respecto a las tierras situadas al sur de Santiago. Sobre ellas Bíbar escribía: "Es tierra de muy lindos valles y fértil. Los indios son de la lengua y traje de los de Mapocho. Adoran al sol y a las nievas porque les da agua para regar sus sementeras, aunque no son grandes labradores. Es gente holgazana... sembraban muy poco y se sustentaban el más tiempo de una manera de cebollas que tengo dicho, y de otra raíz que llaman ellos pique-pique..."(51). Mariño de Lobera afirmaba por su parte que la provincia de los Pramaucos no se había sometido nunca a los españoles antes de la expedición de Valdivia, y que cuando éste llegó a sus tierras "no fue poco el contento que recibió de hallar una tierra tan fértil y abundante de todas las cosas, así de mantenimiento para los hambres y pasto para los ganados como de ríos fuentes y manantiales... Y es muy regalada de cosas de caza y cetrería, en particular de venados, que se cogen en grande abundancia, por lo cual los indios no se curaban antiguamente de darse a cultivar sus tierras..."(52). Góngora y Mamolejo afirmaba por su parte que el gobernador había partido hacia el sur cuando "tuvo nueva

quel valle de Cochapoal era fértil, abundoso de maíces..."(53).

Considerando las dificultades que enfrentaban los españoles a fines de septiembre, debido al precario estado en que se encontraban sus relaciones con los antiguos tercios incas y sus aliados, y teniendo en cuenta que las comunicaciones con el Perú estaban cortadas, lo que correspondía era acabar con el problema militar e iniciar la expansión hacia las ricas tierras del sur. Coyunturalmente, además, importaba impedir que se formara una alianza entre los aborígenes y los incas. La urgencia de estas tareas llevó a Valdivia a cometer uno de sus más serios errores tácticos, porque la alianza ya se había materializado y las fuerzas guerreras indígenas actuaban coordinadamente, como lo probó el ataque simultáneo contra Santiago. La única recompensa para la hueste hispana fue el haber tenido oportunidad de poner pie en las tierras de los Promaucaes, recoger información sobre su población y riquezas y capturar abundante provisiones "de las provincias por donde habían pasado..." las que sirvieron para paliar las necesidades materiales de los habitantes de la ciudad (54). El saldo negativo incluía la muerte de los caciques que hasta allí habían apoyado a los peninsulares -ejecutados a sangre fría por Inés Suárez- la desaparición de Quilicanta -también muerto en esa ocasión- y con él las posibilidades de afianzar la débil alianza con los tercios incas estacionados en el país y, finalmente, la inmensa tarea de reconstruir la ciudad en medio de una población aborígen absolutamente hostil.

LA SEGUNDA CAMPAÑA CONTRA LOS PROMAUCAES, 1541-1542.

A pesar de las serias dificultades que enfrentaban para mantener la colonia de Santiago, asediados por sus enemigos desde el norte y el sur y virtualmente separados de los contingentes peninsulares instalados en Perú y el resto del continente, Valdivia y sus hombres no cesaron en sus esfuerzos por extender el dominio imperial hacia los territorios meridionales del Valle Central. El proceso expansionista se confundía, sin embargo, con la constante campaña de represión que se desarrollaba contra las

parcialidades independientes asentadas en los alrededores de la humilde ciudad y el empeño que se ponía en mantener a los indígenas sometidos en paz y separados de los rebeldes. Refiriéndose a éste período, quizás el más crucial en la historia de Santiago, el cronista Mariño de Lobera escribía:

"En tanto que en la ciudad de Santiago se padecían tantas calamidades, andaba el capitán Valdivia allanando y apaciguando los indios Paramocoes... nunca le faltaban frecuentes asaltos con los bárbaros, los cuales nunca se atrevieron a ponerse en campo raso, sino saliendo a hurtadillas de las montañas y quebradas y otros lugares ásperos, donde aguardaban a los cristianos..."(55).

Sobre el carácter amplio que tuvieron estas campañas de sometimiento y represión, Antonio de Tarabajano declaraba en 1555 que luego del incendio de Santiago había participado con Valdivia y Francisco de Villagrán, en la campaña "de allanamiento y desbarate de las fuerzas y Pucaranes que los naturales tenían hechos y estaban fuertes, así en el valle de Chile, como de Maipo, como en la provincia de los Paramocoes..." (56). Valdivia en carta al Emperador Carlos V afirmaba en 1545 que con una parte de la guardia de Santiago "andaba a la continua ocho y diez leguas a la redonda della, deshaciendo las juntas de indios, do sabía que estaban, que de todas partes nos tenían cercados..." Bibar también se refirió a la intensidad que adquirió la guerra entre los nativos del valle central y las fuerzas valdivianas después del incendio de Santiago, poniendo especial énfasis en el carácter posicional que la misma adquiría. Al respecto anotaba: "Salió con sesenta hombres y fue a deshacerles los pucaranes (subrayado por Bibar), o fuerzas que los indios tenían en sus provincias porque de allí hacían el daño que podían y se acogían a ellas. De esta suerte andaba para este efecto cotidianamente veinte y cinco de a caballo, y, pasados diez o quince días, volvíanse a la ciudad y salían otros tantos con otros caudillos... Sabiendo el general que los indios hacían en alguna parte alguna junta, para deshacerla, trasnochaba con sus amigos lo que dicho habemos. Salía a prima noche y daba en ellos

aquella noche u otra y desbaratábalos. Tanto los perseguía que decían los indios que no era hambre mortal..."(57).

La incapacidad de poder infligir una derrota definitiva a los indígenas del valle central era consecuencia tanto del cortó número de soldados que se podían movilizar en estas campañas como de la efectiva defensa que hacían los indios de sus tierras tras las murallas de sus fortalezas. Estos habían logrado asediar a los hispanos y detener el proceso expansionista, imponer el ritmo de la guerra, el terreno donde debía desarrollarse y las armas que se empleaban. Así, los caballos ni las armas de fuego tenían gran uso en las batallas que tenían lugar en la cima de riscos inaccesibles, y las corazas eran un peso adicional para el soldado que debía trepar las escarpadas murallas de los cerros en que los nativos construían sus fuertes. El dispersamiento de las fuerzas militares indígenas y el florecimiento de complejos defensivos a través de la región hacían por lo demás imposible una derrota definitiva; las batallas no eran masivas sino encuentros locales y focalizados, que afectaban solamente a los miembros de una región mientras el resto renovaba sus fuerzas económicas y militares.

Para hacer frente a la situación de acoso en que se encontraban, los capitanes españoles dispusieron que se construyeran murallas en torno a la ciudad "de estado y medio en alto, de mil y seiscientos pies en cuadro", para dar protección a sus habitantes contra las incursiones de los indios (58). Para un observador neutral, el valle de Santiago ofrecía un curioso espectáculo con hispanos y nativos instalados en sus respectivas fortalezas y disputándose el llano en interminables peleas, similar al cuadro ilustrado por Huamán Parra de Ayala publicado al comienzo de este trabajo.

Aunque estaban acosados, los españoles no abandonaron sus planes expansionistas y sus deseos de someter a los Prataucoes. Para conseguirlo, organizaron por lo menos dos expediciones contra sus tierras.

La primera cobró forma a principios de 1542 y tuvo

por fin impedir la formación de una nueva alianza entre los Pramaucaes y los habitantes de Santiago. Según se afirmaba en la ciudad, los nativos de los alrededores emigraban con sus familias hacia el sur "a las provincias de los Pramocoes a una fuerza que allá tenían hecha con propósitos de no servir y con voluntad que, teniendo sus mujeres e hijos allí seguros, saldrían y vendrían a hacernos la guerra a la ciudad..."(59). A los indios que no emigraban y se mantenían al servicio de los españoles los invitaban a desertar y buscar asilo en sus tierras "porque allí decían que había anchura para sembrar y poblar..." Si permanecían en la ciudad, se les pedía que se rebelaran una vez que se iniciara la nueva guerra.

Informado por sus espías, Valdivia salió hacia las tierras de los Pramaucaes con 40 jinetes y 30 infantes para desbaratar los planes de los jefes indios e impedir que la confederación tomase mayores proporciones. Después de un día de camino, y mientras sus hambres descansaban, el general español comunicó sus intenciones a sus soldados. "Señores y hermanos -les señaló de acuerdo a Bibar- yo he sabido que toda la gente de la tierra Pramaucaes y los demás se han recogido a sus fuerzas por no servirnos sino hacernos la guerra... tengo aviso que cerca de aquí van algunos caciques y principales con alguna gente de esta provincia de Mapocho a los Pomocoes. Pues, señores, a todos nos va en ello, démonos buena maña y prisa y alleguemos esta noche y mañana demos en su fuerza, y no dejemos juntar en su la gente que va a juntarse con ellos..."(60).

Esa misma noche, anotaba Bibar, capturaron el cuerpo principal de la gente "que se iba a ensotar al fuerte", tomaron prisionero a caciques y principales y mataron algunos guerreros. Al amanecer, las fuerzas españolas entraban al área donde tenían su fortaleza los indígenas. Antes de atacarla, Valdivia dispuso que sus hambres descansaran por algunos días.

El fuerte que servía de refugio a los habitantes de los valles de Mapocho y de los Pramaucaes estaba ubicado cerca de la ciudad, como se desprende de la corta distancia recorrida

y de la rapidez con que llegaron a sus murallas. Lamentablemente, ninguno de los cronistas ni participantes en la campaña nombró el área exacta donde estaba ubicado: el único dato lo proporciona Bibar quien indica que "las albarradas y fuerzas donde estaban los indios y toda la gente de los Pormocoes y la provincia de Mapocho" estaban ubicadas en un monte de "seis leguas de latitud y siete de longitud. Era tan espeso que no podía entrar un caballo por él si no era por alguna vereda que los indios a mano tenían hechas para su entrada y salida"(61). Provisionalmente, y basado en las informaciones de los soldados, se ha ubicado este fuerte en Angostura, al sur de Santiago.

Para atacar el fuerte, el general español utilizó el camino hecho por los indígenas, en una larga fila, sorteando diversos obstáculos, entre otros "un mal paso de agua y cieno y maleza", hasta llegar a un llano pequeño en cuyos bordes le esperaban emboscados los defensores del fuerte. Sobre este lugar, Bibar señalaba que habían "arboledas" y que los gritos de los indios resonaban "como voceaban en parte cerrada". El combate que luego libraron ambas fuerzas fue corto pero decisivo; la primera barrera defensiva del fuerte, compuesta por esta avanzada que intentó emboscar a Valdivia fue derrotada, quedando despejado el camino hacia la fortaleza que tenían en la cima del monte. Inmediatamente Valdivia dispuso su plan de ataque, dividiendo sus fuerzas en cuatro escuadrones. Uno, compuesto por doce hombres quedaría a cargo de los caballos "porque a pie habían de entrar en el fuerte que estaba tal que apenas entraban los de a pie". Los tres escuadrones restantes acometerían la posición defensiva con el apoyo que desde abajo les pudiera brindar la "batería". "Con esta orden y buen concierto -señala Bibar- marcharon contra la fuerza que cerca estaba donde, primero que allá llegasen, pasaron otra ciénaga o tremedal y, pasado con gran trabajo, fueron vistos de los indios que dentro de la fuerza estaban. Alzaron gran alarido y dispararon sus flechas en tanta cantidad que era cosa admirable, y los españoles sirviéronles de arcabucería y ballestas. Trabajaron los indios y pelearon por defender la entrada a los cristianos y ellos, por ganarla, pelearon gran rato. El general socorría y animaba de tal suerte y con

tal orden animosamente que los indios dejaron el fuerte y los españoles entraron dentro donde mataron muchos indios, y los que huyeron se fueron a ensotar en lo más espeso del monte"(62).

Mientras ocurría esto en el fuerte, continúa el cronista, una columna de guerreros intentó atacar al escuadrón español que quedó a cargo de los caballos, a cuyo auxilio acudió Valdivia con sus hombres. De acuerdo a Ribar, los indígenas tramaron este ataque una vez que vieron sus fuerzas perdidas "y en gran peligro ellos y sus mugeres e hijos..." Sin embargo, el ataque fue frustrado por los auxilios traídos por Valdivia.

La batalla por el fuerte en que lucharon unidos los Pramaucaes y los indios del valle de Mapocho no tuvo un final decisivo. Valdivia, con sus hombres cansados y temerosos del gran número de guerrero que se había concentrado en el lugar, ordenó a sus capitanes que se retiraran hacia el llano, donde podían emplear con más facilidad la caballería. Mientras se curaban los heridos, Francisco de Aguirre salió con órdenes de recorrer el campo y recoger comida para llevarla a la ciudad. Los indios de guerra no cejaron en su disposición hostil, pues apenas se enteraron de la misión de Aguirre dispusieron sus hombres para atacarlo, forzando a Valdivia a enviar los heridos a Santiago y acudir en su auxilio. La mera presencia del general desanimó a los indígenas, según Bibar, quienes "se tornaron sin orden a sus montes y fuerzas, porque le tenían demasiadamente..." Unidas sus fuerzas con las de Aguirre, Valdivia ordenó a seis soldados que volvieran a Santiago con las provisiones que habían recogido -"que fue buen socorro para la necesidad que se pasaba"- mientras se dirigía con 20 más a "correr la tierra" hasta la costa. "No le sucedió en esta jornada cosa ninguna que de contarse ha más de ver la tierra despoblada por estar toda la gente en las fuerzas que dicho habemos"(63).

Del mismo modo como había ocurrido en la primera campaña, los esfuerzos de Valdivia y sus soldados resultaban vanos debido a la exitosa estrategia de guerra posicional desplegada por los líderes indígenas. Ante ella, el poderío militar hispano parecía ser neutralizado a sus expresiones más mínimas, forzado al combate de cuerpo a cuerpo y obligado a luchar contra el enemigo en el terreno escogido por éste. Las escaramuzas que tomaban lugar tras las murallas de sus fortalezas no tenían mayores consecuencias para el desarrollo de la guerra general, pero empujaban al ejército español a agotarse recorriendo grandes distancias en busca de un enemigo dispuesto a evadirse a través de los pasos montañoses. Los centros de defensa, en que se reunían grandes números de guerreros, eran posiciones ocupadas temporalmente, alejadas de los centros de producción pero convenientemente situadas como para dar protección a los habitantes de los llanos, quienes buscaban asilo tras sus defensas cada vez que se anunciaba una nueva expedición española contra sus tierras. Los hambres de Valdivia buscaban en vano el enemigo, que desde las montañas observaba sus pasos, realizando una y otra vez infructuosas campañas de sometimiento. ¿Qué podían someter si encontraban las tierras vacías?

La guerra defensiva y posicional de los indígenas era sólo parte de su estrategia, pues junto a ella se desarrollaba una incesante campaña de hostilidades y acoso contra los habitantes de la ciudad amurallada de Santiago. Como señalara Bibar, "los naturales no dejaban de hacernos todo el mal y daño que podían y de costumbre tenían y usaban, viniendo de sus fuerzas a saltar tiniendo(sic) por amparo el furioso río de Maipo..."(64) Con una cadena establecida de espías que les comunicaban los movimientos de los españoles, los jefes Pramaucos y sus aliados podían organizar sus ataques con eficiencia.

El impacto que las tácticas de acoso tuvieron sobre la economía y la moral de los peninsulares debe haber sido considerable pues a pesar de los pasados fracasos, estimaron necesario probar nuevamente si era posible someter a los Pramaucos. Este sería el segundo intento de sometimiento desde septiembre de 1541.

En Mayo de 1542, Valdivia comisionó a Francisco de Villagrán para que se dirigiera con 55 hombres hacia la ribera norte del río Maipo "y que de esta parte, sin lo pasar, corriese hasta diez leguas y que todos los fuertes que hallase de los indios los desbaratase y quemase..."(65) y que una vez cumplido este objetivo, cruzara el río para recorrer la tierra de la ribera sur. Allí debía solamente observar las posiciones defensivas de los indígenas, sin atacarlas. Al mismo tiempo, debía dar aviso a Santiago.

De acuerdo con Bibar, Villagrán llevó a cabo sus tareas en ambas riberas del río Maipo sin sufrir enfrentamientos con los indígenas; éstos, señalaba el cronista, "estaban escondidos en sus fuertes por ser avisados de los espías". Villagrán se dirigió con sus hombres hacia uno de estos fuertes, sobre cuya factura y guarnición fue informado por un indio viejo capturado quien les dio detalles "de la fuerza grande que los indios allí tenían y de la entrada y cerca que tenía y de la suerte que era hecho"(66). Con esta información el maestro de campo despachó sus mensajeros a Santiago con noticias para Valdivia. El jefe de la colonia salía más tarde con 17 jinetes a encontrarse con la columna de Villagrán. Reunidas ambas fuerzas, el mismo Villagrán fue encomendado con la misión de capturar algunos de los guerreros que defendían el fuerte, para obtener mayor información. Esta acción fue fácilmente conseguida luego de tender una emboscada, por medio de la cual se cogió a un indio 'principal'. Este les proporcionaría a los asaltantes detalles "de la orden que tenían los indios en su vela y ronda, así de noche como de día". Más importante aún, el cautivo entregó detalles sobre la guarnición del fuerte y de su factura general. Respecto al sitio mismo, Bibar proporciona una valiosa descripción. Según él, el fuerte estaba situado en medio de grandes arboledas, sobre un monte bajo, rodeado de "un arroyo de agua que allegaba a los estribos y siempre corría y estaba lleno y cercaba todo el sitio de la fuerza. Pasado este arroyo estaba un carrizal alto y demasiadamente espeso; tenía un tiro largo de piedra de ancho, y el asiento era tan cenagoso que se hundían los caballos y atollaban hasta las cinchas, y tomaba en circuito todo el fuerte. Pasada esta ciénaga y carrizal estaba un campo pequeño, alto, enjuto y llano.

Aquí salían los indios a escaramuzar con los cristianos en este sitio, y aquí estaba una barrada hecha de maderos gruesos soterrados y juntos; de la parte de fuera de este palenque estaba un foso ancho y hondo más que un estado y casi estado y medio. Con la tierra que de él sacaron, tenían fortalecido el palenque muy enlazado y atado con unos bejucos, que son a manera de raíces blandas y delgadas. Atan con ellos como con mirbre. Estaba esto tan bien hecho como pueden los españoles hacer una trinchera para defenderse de la artillería. Tenía de alto dos estados y más; tenía esta albarrada o trinchera hechos muy bien tres cubos con sus troneras para flechar; tenía toda esta fuerza y cercado solo una puerta muy fuerte angosta y no derecha la entrada. Tenían de esta puerta los indios cerrada con muy fuertes tablones gruesos que era cosa admirable de ver. Pasado este bastión, estaba otra ciénaga angosta que tenía de ancho un juego de herradura, y junto a la ciénaga una acequia de dos varas de ancho, y honda que daba el agua a los pechos, y todo lo dicho estaba en torno de un llano en el cual estaban los indios. Tenían cien casas; en estas casas habitaba la gente de guerra con sus mugeres e hijos, y tenían mucha cantidad de bastimento" (67). En cuanto a la edad del fuerte, el mismo Bibar agregaba que al final de la batalla los indígenas capturados señalaban "que no les habían podido ganar aquella fuerza los Incas combatiéndoles aquel fuerte".

Valdivia acometió el fuerte por dos flancos. Villagra con diez jinetes y todos los infantes lo atacarían por la espalda y se ocuparían de impedir la fuga de los defensores mientras él se dirigiría hacia la parte central de la fortaleza. Ambas fuerzas dejarían tras sí sus caballos. Una columna adicional se encargaría de luchar con los guerreros que se encontraban fuera de las murallas.

La batalla que siguió al asalto perpetrado por Valdivia y sus capitanes consistió fundamentalmente en la defensa de la albarrada que circundaba el fuerte, hasta allí acudían los indios con sus capitanes "animándose con sus cornetas y vocería". Sin embargo, al verse atacados por tres partes, y con sus fuerzas divididas en igual número, los defensores comenzaron a huir, mientras Villagra irrumpía con su gente incendiando el pueblo que

tenían en el llano de la altura. Muy pronto se unía Valdivia a sus soldados con la victoria en sus manos, victoria que no era poca cosa según Bibar, "por ser tan fuerte como era aquella fuerza y por la mucha cantidad de gente que había de guerra", como por haber sido incapaces los ejércitos del Cuzco de obtener un triunfo similar. En el campo quedaban más de trescientos indios muertos y cinco españoles heridos.

Concluida la batalla y "después de haber echado a los indios de su fuerte", Valdivia se dirigió con sus hombres hacia el llano, dejando tras sí ahorcados a los principales jefes capturados para escarmiento de sus compatriotas. El desarrollo súbito de una tormenta de nieve, lluvia y viento, forzó al capitán español a abandonar los planes que tenía de "ir a romper otro pucarán o fuerza (subrayado de Bibar)"(68) y emprender en cambio un rápido retorno a la ciudad. Por segunda vez se frustraban los proyectos del gobernador de someter definitivamente a los indios Pramaucos.

La segunda campaña contra los Pramaucos, que tomó lugar entre octubre de 1541 y mayo de 1542, probó ser tan poco exitosa como la primera: los indígenas continuaban en posesión de sus tierras y los españoles privados de su mano de obra. Quizá el único beneficio que se obtuvo fue aumentar la experiencia de los soldados peninsulares en el tipo de guerra posicional que ponían en práctica los indios, familiarizarlos con el terreno y foguearlos para futuras batallas. En sus declaraciones, que complementan la información proporcionada por los cronistas, se reflejaban además sentimientos mixtos de frustración y orgullo. Rodrigo de Quiroga, refiriéndose a éste período señalaba: "en la dicha provincia se ocuparon muchos días en combatir y deshacer los fuertes y albarradas e fosos que los dichos indios tenían, y no pudiendo sufrir la fortaleza y pujanza de los dichos indios, se volvieron a la ciudad de Santiago"(69). Luego de haber descansado algunos días, continuaba Quiroga, Valdivia se dirigió nuevamente hacia el sur con 50 jinetes "e combatieron é deshicieron tres pucaranes é fuerzas que estaban de indios en las provincias de Maipo..." Juan de Cuevas declaraba al referirse a los mismos eventos, que los expedicionarios españoles "fueron a los Pramau-

coes, y allí deshicieron muchas albarradas, no los pudiendo desbaratar..."(70). Este fallido intento fue seguido por una segunda expedición que se dirigió "desta ciudad á Maipo, y allí deshicieron a los indios cierto fuerte y albarrada que tenían..." Juan Godínez confirmaba lo señalado por Cuevas apuntando: "es verdad que en el río Maipo... se fue a hacer conquista y se rampió ciertos pucaraes á fuerza de armas..."(71) Diego de Córceles, en otra parte de la probanza, señalaba que "el dicho capitán Valdivia, con alguna gente de á caballo é de á pié fue desta ciudad a la provincia de Maipo... y desbarató las fuerzas e fuertes... de indios que en ellas estaban fuertes é alterados..." (72). Entre los soldados que se distinguieron en el asalto del fuerte que se atacó en mayo de 1542, figuran Alonso de Córdoba y el clérigo Juan Lobo. El primero, en su Declaración de Servicios presentada en 1549, manifestaba: "Yo fui con él (Valdivia) y me hallé en el rampimiento de dicho pucarán, donde se acogían y estaban recogidos mucha cantidad de los naturales que no querían servir y fuí el primero que la rampió y entró en el dicho pucarán..."(73). Juan Lobo se contentaba por su parte en señalar que personalmente había visto "como se rampió la dicha fuerza..."(74).

La guerra desatada contra los Pramaucos y sus aliados y las fortalezas que estos tenían para defender sus tierras cogió la imaginación de los soldados peninsulares, quienes se vieron forzados a ver los nativos del valle central de Chile como un enemigo de consideración, que luchaba con valor, disciplina, orden y eficiencia. Era una guerra que se podía igualar a las guerras que se luchaban en Europa y cuyos méritos eran tan valiosos como los que se obtenían al otro lado del mundo. De allí que insistieron una y otra vez en recalcar su carácter, entregando ricos detalles respecto a su desarrollo y evolución. Juan de Cuevas, antes citado, refiriéndose al conjunto de las campañas que se realizaron contra los Pramaucos señalaba que había participado junto a Valdivia "en la conquista e pacificación de los términos de esta ciudad (Santiago), tuvo rencuentros con los naturales rebelados del dicho distrito en la Angostura y en los pueblos de Berrio y otro en Copequen y otro en Guaquilla y otro en Guacoche é Río Maipo, que los indios de guerra tomaron por fuerte..."(75). Su hijo, Andrés Jiménez de Mendoza agregaba en

1584, que su padre había luchado contra los habitantes "de la Angostura y pueblos a ella cercanos, y en Copquen y Guaquila y en las Guaricochas y río de Maipo, que en cada sitio dellos los dichos naturales de guerra estaban fortificados..."(76). Francisco de León declaraba en 1559 que también había participado en la campaña de pacificación de los Pramaucos "así de á pié como a caballo, rompiendo pucaranes de indios y trabajando de noche y de día...". Antonio de Tarabajano señalaba por su parte en 1565 que se había encontrado entre los soldados que participaron "en el desbarate de los fuertes de los Indios de Maipo y de los Pomocoes y en Limarí, yendo en demanda de Michimalongo, y en todas las demás corregimientos y peleas..."(77) Pedro de Villográn confirmaba la declaración de Tarabajano afirmando que este había efectivamente tomado parte en "desbaratar muchos fuertes é muchas corregimientos, así con el dicho Gobernador Pedro de Valdivia como con este testigo é otros capitanes de S.M...."(78). En su propia Información de Servicios, Pedro de Villográn señalaba en 1562 que durante los años previos había prestado activos servicios a la Corona "en todo lo que se ofreció de jornadas, tomadas de Pucaraes y fuertes y desbarate de juntas de naturales...". Apuntando hacia el frustrante fin que tuvo la segunda campaña contra los Pramaucos, Diego de Cáceres manifestaba en su Probanza que había sufrido muchos riesgos y sacrificios "por los muchos encuentros que con los indios naturales tuvieron e tomaron de fuertes... e así estuvieron hasta que la necesidad de ropas é los demás pertrechos les forzó venirse a reforzar é descansar a éste pueblo..."(79).

La segunda campaña contra los Pramaucos tuvo lugar durante el período en que los españoles pasaron mayores dificultades, lo cual obligó a realizarla mediando grandes sacrificios. Haciendo referencias a estos sacrificios, Valdivia afirmaba en una carta dirigida a Hernando de Pizarro en 1545: "para todo fue menester sacar fuerzas de flaqueza, siendo sumétrico, alarife, labrador y, en fin, poblador, sustentador y conquistador... trabajándolos a la continua, de noche y de día, sin se desnudar las armas, haciendo los medios cuerpos de guardia un día y una noche, y los otros otra, cavando, sembrando, arando y a las veces no cogiendo para mantenerse ellos y sus piezas y hijos, y sin haber dado un papirote a ninguno, ni díchole mala palabra..."(80).

Refiriéndose a las campañas que se llevaron a cabo contra los indígenas, señalaba en otra comunicación: "y en esto y en defendernos y ofender a los indios no dejándolos estar seguros en parte ninguna, entendí los dos años dichos; e repartí la tierra oscuras o sin tener relación, porque así convino a la sustentación della por aplacar los ánimos de los conquistadores"(81). Años más tarde, en 1550, Valdivia reiteró el mismo punto en una carta al Emperador Carlos V: "En lo que entendí en el comedio destos años fue en trabajos de la guerra y en apretar a los naturales y no dejarlos descansar con ella, y en lo que convenía a nuestra sustentación e guardia de sementeras; porque como éramos pocos y ellos muchos, teníamos bien que hacer...". En cuanto a la intensidad que había adquirido la guerra y las obligaciones que imponía a sus soldados, el conquistador expresó en 1545: "Conveníame tener a la continua treinta o cuarenta de caballo por el campo, invierno y verano y acabadas las mochilas que llevaban venían aquellos y iban otros. Y así andábamos como trasgos, y los indios nos llamaban Cupais, que así nombran a sus diablos..."(83).

La suspensión temporal de las campañas militares contra los Pramaucaes registrada a mediados de 1542, no liberó a los soldados de Valdivia de los rigores de la guerra, pues mientras los indios del sur se mantenían "quietos" en sus fuertes, los habitantes de la región septentrional del valle de Santiago y Aconcagua renovaban la resistencia contra los hispanos. Al centro del nuevo movimiento rebelde emergían unidos Tanjalongo y Michimalongo, señores de las respectivas mitades del valle de Aconcagua, quienes movilizaban 4.000 hombres para atacar el fuerte construido por los peninsulares en la región costera. Para sofocarlos, Valdivia envió a Francisco de Villagrán con 75 soldados, ante cuya vista Michimalongo decidió suspender las hostilidades y retirarse hacia el interior. En su retirada, los hombres de Michimalongo destruyeron las chacras que tenían los peninsulares en el área, lo que provocó una serie de malocas de los hispanos. Para llevarlos a cabo, Valdivia dispuso que Villagrán se dirigiera con 40 jinetes hacia el valle de Aconcagua "y castigasen a quien servir no quisiere y en arma se pusiese, y que desbaratase todas las fuerzas que en todo el valle hallasen"(84). Al mismo tiempo,

ordenó que se enviara a Tanjalongo, que se mantenía como rehén en el fuerte de Aconcagua, a Santiago para castigarlo. En la ciudad, se cortaron a Tanjalongo "los pies por la mitad" mientras el maestre de campo castigaba a los habitantes de Aconcagua y deshacía "las fuerzas que halló".

El castigo proporcionado a Tanjalongo no puso fin a la rebeldía indígena que subsistía al norte de Santiago. El líder indígena volvió a sus tierras dispuesto a luchar hasta lograr la expulsión de los europeos, obligando a Valdivia a organizar una nueva expedición contra sus tierras (85). De acuerdo con Lobera, el número de soldados que salieron a castigar a Tanjalongo y Chingay Mangué del valle de Quillota ascendió a 50 hombres. Según Diego de Cáceres, Valdivia se dirigió con un gran número de soldados en busca "de un señor principal cacique que se llamaba Tanjalongo, que estaba hecho fuerte en un peñol, é con él mucha gente en el dicho valle de Chile, de donde hacía gran guerra a los españoles é a los naturales pacíficos..."(86). Otro capitán español refería que Valdivia había reunido 60 hombres, con los cuales esperaba reprimir a Tanjalongo, "el cual estaba recogido en un fuerte muy fortalecido, é con él mucha gente... en el dicho valle de Chile, hacia lo bajo dél..."(87). La declaración de Azóca fue confirmada por Juan Godínez, quien insistió en señalar que Tanjalongo estaba alojado "en el dicho valle de Aconcagua, que llaman de Chile, y hecho fuerte en una fuerza..."(88). Rodrigo de Quiroga, que participó en esta campaña contra Tanjalongo, afirmaba en su Información de Servicios que el fuerte de Tanjalongo se encontraba en el "valle de Quillota", al cual acudieron los expedicionarios para desalojarlo (89). La columna salió de Santiago el 10 de Julio de 1543.

Según Mariño de Lobera, los españoles llegaron "a la vista del fuerte que los indios habían hecho para defenderse de los cristianos" y cogieron a sus defensores por sorpresa, arrasando con sus edificios y "poniendo en huida a los que estaban dentro con lastimosa matanza de muchos dellos, ultra de los que salieron heridas, que fueron en mayor número" (90). Diego García de Cáceres, afirmaba que los miembros de la expedición "ocametieron el dicho fuerte con grandísimo riesgo de las personas, por la

aspereza del sitio..." y lograron capturar a Tanjalongo "la cual presa se tuvo por una de las más importantes..."(91). Otro jefe capturado fue Chingay Mangué junto a otros "muchos bárbaros de los que se hallaban a este tiempo en la fortaleza".

La derrota de Tanjalongo y su gente tampoco trajo consigo la paz, pues los remanentes de los ejércitos de Michimalonco y sus aliados de la costa continuaron resistiendo y oponiéndose al dominio de España. "En esta sazón, afirmaba Bibar, despachó el general un caudillo con veinte y cinco hombres a pié que fuesen a ramper ciertos fuertes en que los indios estaban de las cabezadas del valle de Aconcagua donde tenían alguna presunción que, pues no habían ido los españoles a ellos, que les tenían"(92). Como líder de la expedición fue designado el veterano Pero Esteban quien se dirigió a "los pucaranes y dióse tan buen maña cual convenía como hombre astuto en ella y venció y rampió tres fuertes cada uno por sí en diversos y breves días". Una vez que echó a los defensores de los fuertes y castigado su rebeldía, continuaba Bibar, Pero Esteban se dedicó a 'correr' la tierra entre aquellas fuerzas y la sierra "hasta llegar a la línea de las nieves, donde fueron informados de la existencia de ricos yacimientos de sal hacia el interior, desde los cuales extraían el producto "los indios que escaparon de los fuertes".

La exitosa conclusión de la campaña de represión en Aconcagua, el eclipse definitivo de Michimalonco y la captura de Tanjalongo y Chingay Mangué dejaron a los españoles en una posición privilegiada para negociar la paz con los habitantes de la sección septentrional del valle central. Como fruto de estas negociaciones, Valdivia dispuso que se liberara a ambos jefes "contra el parecer de muchos, que insistían en que se hiciese justicia con ellos". Más tarde, en compañía con Michimalonco, Tanjalongo y Chingay Mangué jugarían un importante papel en la conferencia de paz convocada por los principales jefes indígenas del área, entre los cuales figuraban Apoquindo, Butacura, Lampa, Maynopolopillán, Colina, Melipilla, Peomo, Pico, Poangué, Cachoal, Teno y Gualero (93).

La paz ofrecida por los principales jefes del valle

central no eliminó los riesgos de la guerra ni implicó un sometimiento general de los habitantes de la región. En Limarí, el jefe Cateloe reunía a sus hombres para luchar contra Valdivia y sus soldados, utilizando para ello el fuerte que tenía "en las cabezas del valle de Limarí, que era suyo, en sitio de tierra que al parecer no podían por ella caminar, y había hasta llegar al pucarán y fuerza muy malos pasos, y en algunos gente de guerra en guarnición"(94). Al tanto de los preparativos hechos por los indios, Valdivia ordenó a Pero Esteban que se dirigiera con 12 hombres a destruir el fuerte. El experimentado capitán español, una vez que llegó al sitio ocupado por Cateloe y su gente, decidió entrar por las espaldas de la fortaleza, que estaban descuidadas y atacó por sorpresa a sus defensores. La puerta del fuerte, señalaba Bíbar, "tenía gran recaudo y el sitio era agrio, y hacía lo más fuerte una profunda quebrada que cercana tenía"(95). Los guardias apostados en las alturas, que observaron el lento y difícil ascenso de Pero Esteban con sus jinetes a través de los peñascos, no ganaron nada con avisar a sus compatriotas, pues estos hicieron caso omiso de sus gritos. Con facilidad, Pero Esteban y sus compañeros "entraron en el fuerte hasta la plaza donde Cataloe y toda la gente estaba".

La fuga que siguió a la entrada de Pero Esteban y sus hombres al fuerte de Cateloe fue similar a la que protagonizaron en otras posiciones defensivas los habitantes del valle central. La pérdida de la plaza central de sus fortalezas parecía ser el punto crucial en el desarrollo de las batallas, marcando su ocupación el fin mismo de la defensa. Lo que venía a continuación era un desesperado intento por encontrar refugio en los montes y quebradas vecinas, dejando a los españoles en posesión completa e indisputada de sus posiciones, bienes y provisiones. Así sucedió en el fuerte de Cateloe, donde los guerreros que huyeron dejaron, además de sus heridos, a su líder, quien se comprometió a mantenerse en paz. Los españoles, en posesión del fuerte, "echaron fuego a las cosas que eran muchas y se salieron y pasaron los malos pasos que había por la ladera"(96).

LA REBELION ANTI-ESPAÑOLA DE LAS GUARNICIONES
INCAS EN CHILE CENTRAL. *

Mientras los españoles se dedicaban arduamente a conquistar y someter a los Pramaucos y a sus aliados de los valles de Santiago y Aconcagua, los antiguos tercios imperiales del Incanato comenzaron a rebelarse contra el dominio hispano en la región. En todo caso, la resistencia antipeninsular entre los destacamentos peruanos estacionados en el área no era nueva, pues ya en 1536 habían surgido muestras de rebeldía contra los soldados de Almagro. Como se sabe, en Copiapó el Adelantado fue recibido por un número reducido de caciques, mientras que en Coquimbo sólo le salió a recibir "el señor principal con algunos caciques de la tierra y con muy poca gente, porque toda la tenían escondida con los bastimentos"(97). Solamente en Aconcagua, escribía Fernández de Oviedo, Almagro fue recibido como merecía su columna expedicionaria, entre cuyos miembros había figurado originalmente la máxima autoridad religiosa del Tiawantinsuyu, Villac Ulmu y que contaba con el apoyo de Pablo Inga -hermano del Inca- y más de diez mil soldados peruanos (98). Frente a la actitud reacia que asumían los administradores imperiales locales y sus vasallos, anotaba más tarde Paullu Inga, había tenido que intervenir en más de una ocasión informando a los hispanos respecto de "los caciques que estaban de guerra y los que estaban de paz... muchas guarniciones de gente que tenía el dicho Inga Manco Inga, su hermano, contra los cristianos, los enviaba a llamar y los traía de paz...(99).

No obstante, a pesar de los esfuerzos realizados por el inca Paullu para reagrupar a los antiguos destacamentos imperiales, no se logró poner fin al proceso de fragmentación y desarticulación que comenzaba a afectarlos a raíz de la alianza que habían hecho los señores del Cuzco con los conquistadores europeos. En Aconcagua, anotaba Rosales, los "Gobernadores del Perú y los indios que en Chile avía de aquel Reyno al ver que

* Esta sección está basada principalmente en los datos proporcionados por Rosales, que si bien no contradice el cuadro general, no pueden ser chequeados como corresponde.

Almagro y los españoles se apoderaban de esta tierra y que su Rey se la avía dado y ya no trataba de conquistarla con sus armas y gente, la fueron desamparando y se fueron unos a su patria, los otros entre los Puelches de la otra banda de la cordillera..."(100). En realidad, era extraño el espectáculo que tomaba lugar en la región meridional del imperio. Mientras arribaban contingentes frescos y dispuestos a retomar la conquista del país con el apoyo de sus nuevos aliados españoles, las guarniciones locales se vaciaban y se producía una fuga sin precedentes. ¿Qué separaba a los antiguos soldados del inca de aquéllos que traía el inca Paullu? ¿Era solamente su lealtad a Manco Inca o pesaban en sus ánimos las ancestrales diferencias que separaban a las etnias que componían el Tiawantinsuyu?. En este proceso de divisiones, solamente Quilicanta, gobernador puesto por el inca en Aconcagua, permaneció leal y prestó su apoyo a Almagro y Paullu Inca.(101)

Pero si el apoyo que Almagro esperaba recibir en Chile de parte de las guarniciones incas fue reducido por estas manifestaciones de fraccionalismo, la hueste valdiviana contó, desde un principio, con auxilios aún más modestos. Aún cuando el nuevo conquistador de Chile logró reunir, -como señalara Ovalle- "un buen ejército, así de españoles como de indios amigos..."(102) su número fue severamente reducido cuando al llegar al límite septentrional del desierto de Atacama se vió obligado a enviar de vuelta al Perú a "los viejos, viejas y niños menores de doce años y todos los enfermos..."(103). Al final, quedó solamente con "más de cuatrocientos indios de servicios del Perú, aunque con pocas vituallas..."(104). Separados tan drásticamente de sus familias, al llegar a Aconcagua se fugaron "más de cuatrocientos indios de los que avían sacado del Perú", lo que redujo considerablemente sus fuerzas(105). Sin embargo, en Santiago Valdivia se encontró con Quilicanta y sus aliados, quienes integraron sus guerreros al contingente peninsular.

La alianza establecida entre Quilicanta y Valdivia estaba, sin embargo, asentada sobre bases bastante precarias. Como se ha señalado previamente, cuando ingresaron los hispanos a Chile central el área estaba convulsionada por la guerra que existía entre el jefe peruano y los guerreros de Michimalonco.

Sus orígenes, anotaba Bibar, provenían del resentimiento que había provocado el apoyo que Quilicanta había prestado a Almagro y Paullu Inga en 1536 y bajo cuya sombra había tomado lugar el robo de los depósitos imperiales en Santiago, el ultraje de "las vírgenes mamamcunas" y las múltiples depredaciones cometidas por los europeos y sus aliados en su viaje de retorno al Perú. Atepu-do, que también se sumó a la alianza con Valdivia, mantenía por su parte una guerra local contra Michimalonco quien "se le quería hacer señor de la mitad del valle..." de Palta, vecino al de Aconcagua (106). En otras palabras, el proceso de acercamiento entre ambos jefes y los españoles era producido por factores coyunturales y no como una manifestación de lealtad auténtica. Los nuevos amigos de Valdivia se unían al capitán hispano para solucionar sus propios problemas y no para establecer el dominio de España en la región. Así, tan pronto como la situación político-militar fue modificada a consecuencias de las primeras campañas realizadas por los peninsulares contra Michimalonco y sus aliados y por el carácter permanente que adquiría la posición de Valdivia y sus hambres en Santiago, comenzaron a producirse las primeras grietas en la débil unión entre españoles e incas. No menos importante eran las instrucciones que Manco Inca había enviado a sus seguidores a comienzos de 1541. De acuerdo a Valdivia, el jefe inca rebelde instruyó a "todos los señores desta tierra... haciéndole saber, si querían que diésemos la vuelta como Almagro, que escondiesen el oro, porque como nosotros no buscamos otra cosa, no hallándolo, haríamos lo que él; y que asimesmo quemasen las comidas, ropa y lo que tenían..."(107).

Los primeros signos de la rebelión incaica contra Valdivia emergieron a mediados de 1541, justamente cuando las comunicaciones con el Cuzco y el resto del imperio estaban cortadas por los focos de resistencia que se habían desarrollado al norte de Santiago. Esta incomunicación dejó a los líderes del inca locales ante la difícil disyuntiva de continuar prestando su apoyo a los hispanos hasta recibir nuevas instrucciones, o sumarse a la guerra de resistencia de los nativos. Una tercera alternativa, con menos posibilidades de éxito, consistía en implementar su propia guerra contra los peninsulares. Al final, eligieron este último camino, en medio de los rumores que circulaban describiendo

los éxitos de la rebelión de Almagro en el Perú y la fuga de las tropas hispanas.

El líder de la rebelión inca fue el antiguo gobernador Quilicanta, lo cual dejó en evidencia la permanencia de las antiguas jerarquías y la sobrevivencia del aparato administrativo imperial en el área, a pesar del dominio sobreimpuesto por los españoles y la llegada de cientos de soldados y yanaconas traídos desde el Perú durante el período. Sus primeras acciones contra la hueste valdiviana cobraron forma a fines de julio de 1541. En esa época, señalaba Rosales, Quilicanta y sus seguidores hicieron "dos fuertes, uno en Lampa, a cargo del cacique Painelonco, y otro en Colina a cargo de Quilecante, indio del Perú, belicoso, que ayudaba a los naturales de la tierra contra los peninsulares..."(108).

Enterado del surgimiento del foco rebelde inca e interesado en lograr un acuerdo con Quilicanta, Valdivia envió emisarios a Colina solicitando la rendición del fuerte. Cuando estas gestiones fracasaron, señalaba Rosales, el gobernador "acometió de improviso a los dos fuertes de Lampa y Colina, y dándoles asalto, los entró, matando, hiriendo y poniendo en huida cuantos en ellos avía". Al final de la batalla, el jefe español había capturado a Quilicanta y a un gran número de mujeres, ancianos y niños, con los cuales se dirigió a Santiago. Allí, le habrían de servir como rehenes para forzar a sus seguidores a continuar proporcionando alimentos y provisiones a la ciudad, mientras trataba al mismo tiempo de ganarse su voluntad tratándolos "benignamente". Su derrota a manos de Valdivia convenció finalmente a Quilicanta sobre la conveniencia de unir sus esfuerzos rebeldes a la guerra desatada por los líderes nativos. Los resabios de viejas lealtades y el temor de ser absorbidos eventualmente por los aborígenes fueron finalmente reemplazados por un afán de colaboración hasta allí no visto. En menos de seis meses, la situación de tensión que había facilitado el acceso de los españoles a Chile central era transformada en una fuerte alianza militar compuesta por los habitantes de Aconcagua, Santiago, los Prmaucaes del sur y los antiguos tercios incaicos. Comenzaba la guerra decisiva.

Según el cronista Rosales, Quilicanta aprovechó las visitas que recibía en su prisión en Santiago para informar a Michimalonco sobre su voluntad de formar una alianza. Enterado de la campaña que Valdivia emprendería contra el valle de Aconcagua, el plan de Quilicanta consistía en enviar 400 "indios de sus vasallos" con la columna hispana, los que al llegar al fuerte de Michimalonco se sumarían a los indios de guerra (109). Sin embargo, el plan no tuvo oportunidad de materializarse, pues cuando Valdivia lo descubrió, retornó a Santiago. Días después salió el conquistador con una nueva columna, pero no a someter a Michimalonco, sino a detener el avance de la hueste encabezada por Cachapoal desde el sur. La ciudad, casi indefensa, estuvo a punto de sucumbir ante el gran ataque indígena del 11 de septiembre de 1541. En medio de la desesperación y ante los esfuerzos que hacían los asaltantes por liberar a Quilicanta y otros jefes presos, Inés de Suárez les cortó la cabeza.

La muerte de Quilicanta dejó a Vitacura como el principal líder de la fracción inca rebelada. Hasta allí, Vitacura había ocupado el cargo de gobernador militar de la provincia, preocupado de mantener los mitimaes en la región. En esta posición había recibido originalmente "con buen semblante a los españoles", actitud que cambió radicalmente con el asesinato de Quilicanta. Desde septiembre de 1541, el último jefe puesto por los incas en Chile central reinició la guerra contra los hispanos. Para sofocar la rebelión a tiempo Valdivia envió al veterano capitán Pedro Gámez hacia los asentamientos de Vitacura, sin mayores resultados.

El fracaso de Pedro Gámez obligó a Valdivia a liderar personalmente una expedición contra Vitacura. Diego García de Caceres afirmaba en su Probanza respecto a esta expedición: "el dicho Gobernador acordó nuevamente ir a traer de paz a los naturales de las dichas provincias é para ello llevó consigo gente... é así prosiguieron su jornada, sufriendo é padeciendo algunos rencuentros de los dichos naturales hasta llegar al fuerte que los dichos naturales tenían hecho, que se llamaba el Pucarám de Vitacura, en donde estuvieron recogidos gran cantidad de ellos é de allí salían a hacer las correrías y robos y males

que les parecían...se rompieron é desbarataron..."(110).Rodrigo de Quiroga, quien se encontraba en aquellos días encabezando una columna diferente contra los indígenas del área, se sumó a la expedición de Valdivia con 20 hombres y le ayudó a atacar el fuerte. Al referirse al combate, Quiroga señalaba que la unión de ambos cuerpos expedicionarios concluyó "acabando de romper el fuerte que la pregunta dice, y que en ello se había tenido batalla con los indios, de tal manera que si no fuera por la orden que el dicho Gobernador dió aquel día de la batalla, se perdía toda la tierra..."(111).El capitán Juan Gómez testimoniaba por su parte que había ido "a un fuerte á do dice la pregunta, á donde el dicho Gobernador é los que fueron con él iban, a pié é a caballo, acometieron el dicho fuerte,é como estaba mucha gente de naturales en él y era muy fuerte, con pelear los dichos españoles muy mucho, todavía hirieron a muy muchos de ellos é mataron a uno, é si no se acertara a tomar el dicho Michimalonco,se corriera muy gran riesgo..."(112).La confusión que introdujo Juan Gómez al expresar que en esa ocasión se había capturado a Michimalongo y muerto un soldado español -hechos que efectivamente sucedieron durante el ataque contra el fuerte de Michimalonco- fue rectificada por Santiago de Azocar, quien declaró en la misma sección: "éste testigo se halló con el dicho Gobernador en el Pucará de Vitacura que la pregunta dice..."(113).

La derrota de Vitacura y sus hombres eliminó de raíz la posibilidad de una rebelión generalizada de los tercios peruanos; de allí en adelante las acciones de los rebeldes fueron reducidas y de escasa significación, mientras que el apoyo de las tropas leales cuzqueñas demostró ser decisivo en la guerra contra los Promaucaes. Para los guerreros provenientes del Perú que no estaban dispuestos a aceptar esta situación quedó la puerta abierta para colaborar directamente con los aborígenes en su lucha contra los europeos. El surgimiento de esta alianza no era tan improbable, pues la mayoría de los rebeldes pertenecían a las guarniciones estacionadas en el país por un período suficientemente largo como para que se desarrollaran lazos políticos y de amistad con sus antiguos aliados y sometidos. Aislados de los principales centros administrativos de un Imperio que se derrumbaba con rapidez y sin líderes legitimados por los señores de antaño, quizás los últimos destacamentos rebeldes se unieron a los aborígenes que migraban hacia el sur.Con su fuga terminaba

la dominación del Tiawantinsuyu en Chile central.

Sobre las divisiones que al parecer surgieron entre los representantes del inca en Chile central y los contingentes traídos por Valdivia, solamente se puede pensar en la persistencia del fraccionalismo étnico que dividió al imperio y en la emergencia de intereses opuestos entre los líderes de los últimos remanentes del antiguo sistema de dominación. Esta situación no era en todo caso nueva, pues ya se había registrado cuando llegaron los contingentes peruanos con Almagro, si bien en 1541 el deterioro que sufrieron las comunicaciones con el Cuzco y los centros de poder septentrionales le dieron dimensiones más graves. De todos modos, las relaciones establecidas entre la rebelión de los tercios incas y los nativos fueron coyunturales y estuvieron muy lejos de dar a los generales peruanos el liderazgo en la guerra de resistencia contra los peninsulares (114). Si bien luchaban unidos con las fuerzas locales, sus objetivos eran diferentes y obedecían a una dinámica distinta. Sin embargo, estas relaciones coyunturales no restaban importancia al valor táctico de su rebeldía, la cual contribuía a menear militar y económicamente los escuálidos recursos con que contaba Valdivia.

EL QUIEBRE DEL EQUILIBRIO MILITAR

La confrontación entre los españoles y los habitantes de Chile central podía prolongarse indefinidamente, mientras ninguno de los bandos fuese capaz de infligir una derrota significativa a su enemigo. El asalto contra Santiago fue quizás el más grande éxito militar alcanzado por los nativos, mientras que los continuos ataques contra los asentamientos y las guarniciones indígenas —además de la consolidación de sus posiciones en Santiago— lo fueron para los hispanos. El dramatismo del ataque contra la ciudad, —destinado sin duda a provocar su desalojo definitivo— contrastaba notablemente con la ardua y paciente labor de zapa realizada por los soldados de Valdivia. Sin embargo, ninguno de los bandos lograba obtener un nivel de superioridad decisivo. Los enfrentamientos en que triunfaban los peninsulares eran sólo

victorias parciales y de dudoso valor militar mientras no se procediera a ocupar físicamente las fortalezas y las posiciones estratégicas que permitían la concentración de grandes números de guerreros. De otra parte, la incapacidad para dislocar el aparato productivo aborígen -por su dispersamiento y variedad- o de destruir la jefatura política, le daba a la guerra un carácter básicamente militar, cuya conclusión sólo podía ser obtenida en el campo de batalla. Mientras tanto, la ciudad continuaba asediada, sus habitantes poco menos que arrinconados y los indígenas dispuestos a continuar resistiendo. No obstante, esas eran las apariencias, pues a un nivel más profundo, la campaña de resistencia de los indios comenzaba a mostrar sus primeros síntomas de debilidad, con la muerte o captura de los jefes más viejos o más experimentados, la destrucción de los fuertes más importantes y los efectos devastadores que tenía la guerra en el seno de la sociedad aborígen. No menos importante era la corrosión que sufría la economía de los naturales, fuese ésta en los campos de cultivo, de caza o de recolección, a causa de las malocas y de la competencia hispana por los mismos recursos y por efecto de la suspensión del comercio inter-étnico.

En realidad, la guerra podía continuar indefinidamente -superada la primera fase de choques-, siempre y cuando se mantuviese el balance de fuerzas que existía entre ambos bandos. Desafortunadamente para los indios, este balance -consistente principalmente en una recíproca imposibilidad de generar recursos económicos y humanos extraordinarios-, fue finalmente quebrado con el arribo a Santiago de 60 jinetes reclutados en el Perú por el capitán Alonso de Monroy. La llegada de Monroy -a fines de diciembre de 1543- coincidió con la entrada al reino de un buque cargado de mercaderías, ropas y demás objetos de comercio destinados a suplir las necesidades de los abatidos habitantes de la ciudad, quienes, por más de tres años, habían sobrevivido en la más extrema miseria. Uno de los marineros del buque señalaba más tarde, respecto a esta situación miserable en que encontró a sus compatriotas: "estaban tan descontentos y con tanta necesidad que no tenían que vestir ni calzar, ni herraje ni armas ni otros pertrechos algunos de guerra...". Sobre el impacto que tuvo la llegada de refuerzos, el capitán del barco, Lucas Martínez,

apuntaba que a su arribo "estaba aquella tierra alzada, é no le servían los indios, e podescian gran necesidad, é con la llegada del dicho navío é la gente que en él fue, sirvieron los indios é sustentaron los españoles la dicha tierra..."(115). En los mismos días en que estos cambios tomaban lugar, se inició la explotación de una mina de cobre en las cercanías de Santiago y se comenzaron a manufacturar los primeros estribos y herraduras en el país. La difícil situación de desesperanza que había afligido a los peninsulares -y que en más de una oportunidad estuvo a punto de transformarse en una rebelión generalizada contra Valdivia y sus capitanes- llegaba a su fin. El mayor grado de desarrollo del mundo hispánico, que por una rara combinación de factores no se había hecho sentir de un modo decisivo, se hacía por fin presente en Chile central: Valdivia y sus hambres se conectaban de nuevo con Perú, con España y con el emergente mundo europeo del siglo XVI. En términos humanos, económicos y técnicos la posición de los españoles mejoraba sustancialmente, mientras que la de los indígenas permanecía igual, si no peor, después de tres años de incesante guerra. El equilibrio militar se había quebrado y se iniciaba la etapa final de la guerra por Chile central.

LA TERCERA CAMPANA CONTRA LOS PROMAUCAES, FEBRERO DE 1544.

Con el arribo de los refuerzos traídos por Manroy desde el Perú, Valdivia comenzó a organizar una nueva campaña contra los Promaucaes desde comienzos de 1544. Los indígenas, que se habían retirado de las inmediaciones de la ciudad en los meses previos, también se preparaban para el enfrentamiento decisivo y enviaban mensajeros al gobernador "diciendo que fuese a pelear con ellos y llevase los cristianos que habían venido, porque querían ver si eran valientes como nosotros, y que, si eran, que nos servirían, y si no, que harían como en lo pasado; yo les respondí -señalaba Valdivia- que sí iría"(116). Finalizados los preparativos, Valdivia salió de Santiago con 60 jinetes el 20 de Febrero.

Al describir el desarrollo de la tercera campaña contra los Promaucoes, Valdivia fue bastante escueto. En su carta a Carlos V de 1545, manifestaba: "salí con toda la gente, que vino muy bien aderezada y a caballo, a cumplirles mi palabra, y fuí a buscar los indios, y llegados a sus fuertes los hallé huídos todos, acogiéndose de la parte de Maule hacia la mucha gente, dejando quemados todos sus pueblos y desamparado el mejor pedazo de tierra que hay en el mundo, que no parece sino que en la vida hubo indio en ella"(117). En una comunicación similar remitida a Hernando de Pizarro, Valdivia reiteraba: "Nunca vimos más indios, que todos se acogieron a la provincia de los poromaucoes, que comienza seis leguas de aquí, de la parte de un río cabdalosísimo que se llama Maypo..."(118). En sus Instrucciones a sus apoderados en la corte, el conquistador escribía: "llegada esta gente (Monroy y sus hombres), salí a conquistar la tierra, y constreñí tanto a los naturales rampiéndoles todos los fuertes que tenían, que de puros cansados y muertos de andar por las nieves e bosques, como alimañas brutas, vinieron a servir, e nos han servido hasta el día de hoy sin se rebelar más, é vi la tierra toda, é declaré los caciques e indios que había, que eran pocos, e de aquellos habíamos muerto en las guerras buena parte"(119). En otra carta a Carlos V, escrita en 1550, Valdivia volvió al tema señalando: "Apreté tan recio a los naturales con la guerra, no dejándolos vivir ni dormir seguros, que les fue forzado venir de paz a nos servir, como lo han después de acá..."(120).

Según se desprende de las comunicaciones de Valdivia, la tercera campaña contra los Promaucoes fue corta y decisiva, sin grandes enfrentamientos ni tan dramática como las empresas previas. Gerónimo de Bibar confirmó en su Crónica el carácter dado por el gobernador a la campaña afirmando que cuando éste entró con sus hombres "en la provincia de los Promaucoes toda la gente de guerra se pasó la otra banda del río Maule. Visto esto, el general corrió toda la tierra de los Promaucoes. Allegó de esta vez hasta el río Maule..."(121), Góngora y Marmolejo se limitó a señalar que a la llegada de Monroy, "Valdivia envió luego a conquistar los valles comarcanos y traellos de paz..."(122). Antonio Vázquez de Espinosa, en su Compendio y Descripción de las Indias Occidentales tampoco agregó nuevos detalles contentándose

con afirmar que después de la tercera campaña se extendió el dominio hispano a las tierras del "Río Maule, Reyno de Guelen, Itata, Quilacura y otras, hasta donde conquistó el Rey Inca Yupanqui..."(123). Alonso de Ercilla, cuyo poema proporciona valiosos antecedentes sobre otros eventos, también fue parco en su descripción; después de haber estado asediados por seis años, señalaba el poeta, "entró Valdivia conquistando, /con esfuerzo y espada rigurosa,/ los pramaucos por fuerza sujetando/ curios, cauquenes, gente belicosa;/"(124).

A pesar de sus menores proporciones, algunos historiadores atribuyeron una importancia inigualada a la tercera campaña contra los Pramaucos, describieron combates que tomaron lugar en los años previos y, finalmente, dejaron tras sí la impresión que la conquista de los indígenas asentados en los alrededores de Santiago tuvo lugar en no más de tres meses y sin grandes dificultades. En su afán por enfatizar la superioridad intelectual y moral de los hispanos sobre los indígenas, estos autores ignoraron el largo período de confrontaciones que desde 1541 se desarrolló entre españoles y aborígenes, reduciéndose a describir la etapa más exitosa de la guerra para los peninsulares. Al hacerlo, seguían el camino trazado por Valdivia, a quien sus intereses privados y públicos le empujaban a reducir el impacto que tenía la guerra contra los habitantes del país"(125).

No obstante, ello no significa que la tercera campaña contra los Pramaucos no haya estado privada de incidentes. De acuerdo al capitán Pedro de Miranda, durante su desarrollo "el dicho Gobernador y gente que con él ibamos, tuvimos guazábaras y rencuentros, en especial junto a los Tagua-Taguas, donde se peleó con los naturales y se desbarataron, lo cual fue causa que cesara la continua guerra que tenían en esta ciudad..."(126). Confirmando lo expresado por Miranda, Rodrigo de Quiroga agregaba interesantes datos: "este testigo vido que muchos naturales de los Poramaucos estaban rebelados antes que el dicho general Alonso de Monroy entrase en este reyno, y con su venida, el dicho gobernador Valdivia salió con gente a la pacificación y allanamiento de los susodichos y con ellos Pedro de Miranda, donde en los Tagua-Taguas que es junto a ellos, el dicho Pedro de Miranda, en una guazábara,

salió herido, y este testigo se halló..."(127). Santiago de Azócar describió en su Probanza un segundo enfrentamiento, el cual habría tomado lugar "en las provincias de los Pormocoes, cerca del pueblo que se llama Palta..." Allí, señalaba Azócar, los "naturales de las dichas provincias en el asiento de Tipañan- de se recogían y juntaban con intención y llamamiento, para proseguir allí su mal intento, y para lo poder mejor hacer hicieron un fuerte muy fortalecido de aguamonte y pantanales, a cuya conquista é castigo el dicho Gobernador se determinó a ir con hasta ochenta hombres de a pié é de a caballo... aunque fue muy a riesgo de todos por la fortificación y maleza de sitio para deser defendidos, al fin fue Dios servido que los pudieran desbaratar é romper é facer poner en huída, cosa de que se sirvió mucha a S.M. y se puso gran quietud en toda la tierra..."(128). García Hernández, que actuó como testigo de la Probanza de Azócar, afirmaba: "este testigo fue y se halló en la dicha jornada y en el Pucará que la pregunta dice salieron de guerra los naturales quen el estaban y se peleó y escaramuzó con ellos, donde hirieron algunos españoles, é por la maleza é fortificación del sitio é fuerte que tenían, convino retroerse a los españoles..."(129). Rodrigo de Quiroga, quien también actuó como testigo en la Probanza de Azócar, señalaba por su parte que en la provincia de los Pramaucos "todos los indios della hacían el fuerte que la pregunta dice para recogerse allí é dar sobre ciertos soldados que cerca de allí estaban", (130).

Si estos enfrentamientos tomaron lugar en los días previos a la llegada de Monroy a Santiago, es un asunto difícil de aclarar por la confusión que existía entre los propios conquistadores respecto a la cronología precisa de los eventos y la exactitud de los nombres de los distritos que visitaban o atacaban. Palta o Apalta, en particular, presentaba problemas para su ubicación una vez concluida la guerra, pues los indios fueron trasladados de su asentamiento original en la doctrina de Rancagua, al pueblo de Apalta en la doctrina de Aconcagua. Como se recordará, Rosales manifestaba que Atepudo era el jefe de éste último pueblo, cuando en realidad era señor del valle donde más tarde fueron asentados los nativos provenientes de la doctrina de Rancagua.* El antecedente más significativo es la referencia

* Estos datos fueron proporcionados por el prof. Armando de Ramón.

que se hace en los testimonios de Tagua-Tagua y Apalta, ambos lugares situados en el corazón del territorio controlado por los Pramaucos, porque deja en evidencia la extensión geográfica que habían adquirido las andanzas de los hispanos. La destrucción de los fuertes en ambos puntos marcaba el fin de la independencia de los indios, quienes se mostraban incapaces de contener la ola expansiva peninsular. En condiciones militares más favorables, los jefes Pramaucos habrían apostado sus hombres en las regiones fronterizas del río Maipo.

Una descripción más pintoresca de los combates que se desarrollaron entre los expedicionarios y los Pramaucos fue dejada por Rosales. En su libro, el cronista jesuita apuntaba que Valdivia se dirigió hacia el sur cuando se enteró que "avían hecho un fuerte y que trataban de juntarse para venir a pelear con él y hacer guerra a los indios que le avían dado la paz y dejado las armas... salió a correr las suyas con setenta soldados de a caballo, y asaltando con valiente determinación el fuerte que llamaron del Barbudo, por un indio que había allí con barbas, le rindieron a los primeros asaltos con muerte de pocos indios, porque luego se dieron las manos cruzadas y quedaron de paz. Con que ocuparon nuestros españoles cuarenta leguas más de tierras y tuvieron a raya la valentía de Cochapual y los Pramaucos, de los cuales sacó gente y se ayudó para ir conquistando adelante..."(131) Este combate habría tenido lugar en 1544.

Los detalles proporcionados por los soldados que acompañaron a Valdivia en su tercera campaña contra los Pramaucos, no alteran sustancialmente el cuadro dejado en sus cartas por el conquistador. El sometimiento final de los indígenas asentados hacia el sur de Santiago fue conseguido sin grandes costos ni excesivos derramamientos de sangre. Los Pramaucos, más que luchar hasta la muerte, prefirieron huir hacia el sur, dejando tras sí sus tierras vacías y sus propiedades destruidas.

¿Qué sucedió con los valerosos guerreros que por años detuvieron el proceso expansionista español y que antes habían logrado rechazar a los conquistadores incas? ¿Qué razones los llevaban a convertirse tan rápidamente en miserables vagabun-

dos y refugiados en tierras extrañas? ¿Por qué decidían finalmente someterse, los que se sometían, y aceptaban ser sirvientes de sus antiguos enemigos? ¿Qué factores habían logrado destruir el espíritu de resistencia que por años imperó entre los seguidores de Michimalonco, Tanjalongo, Cachapual y los demás jefes indios?

Las respuestas a estas preguntas van más allá de los límites de este trabajo y por ello han de quedar solamente formuladas. Lo importante es que a fines del verano de 1544 concluyó la campaña militar hispana contra los habitantes de Aconcagua, Santiago y los distritos situados hacia el sur hasta el río Maule; sus territorios fueron incorporados a la corona y luego distribuidos entre los soldados que participaron activamente en las expediciones previas. Los indígenas que permanecieron en sus tierras corrieron una suerte similar, fueron obligados a engrosar las filas del ejército o bien enviados a trabajar las minas, las chacras o a los obrajes de los peninsulares. La guerra por Chile central había llegado a su fin. No obstante, al sur del río Maule, los guerreros que lograron escapar se preparaban para una nueva guerra, no ya de resistencia, sino de reconquista y liberación.

CONCLUSIONES

La guerra de resistencia anti-peninsular que se registró en Chile central entre 1536-1545 -considerada en su propio contexto- fue larga, intensa y altamente exitosa para el ejército indígena. Utilizando sus fuertes, los nativos del área lograron imponer el carácter y el ritmo al conflicto, eligieron el terreno donde se debía luchar y neutralizaron la superioridad material-tecnológica de las huestes hispanas. Por casi diez años detuvieron el expansionismo europeo, frustrando completamente los planes del Adelantado Diego de Almagro y poniendo en serio peligro el plan de conquista valdiviano. Por sobre todo, ganaron tiempo para llevar a cabo una evacuación paulatina de los territorios que defendían y dieron lugar a una de las fugas masivas más importantes que se registró durante el período en el Nuevo

Mundo. Con ello consiguieron evitar la masacre indiscriminada de sus compatriotas, privaron a los españoles de la mano de obra que requerían para explotar sus minas, obrajes o faenas agrícolas -tareas destinados fundamentalmente a recuperar el capital invertido y crear fondos para nuevas campañas- y lograron mantener en parte el cuerpo social que los invasores amenazaban destruir completamente. Al final, cuando Valdivia y sus hombres -que de caballeros tuvieron que convertirse en modestos labradores para poder sobrevivir- consolidaron su dominio en Chile central, lo hicieron sobre un país aparentemente desolado y semi-vacío.

Pero si la resistencia contra el expansionismo incásico había logrado detener el avance de los soldados cuzqueños en las riberas del río Maipo y conseguido la instalación de un sistema de dominación basado en la formación de alianzas políticas favorables, en la lucha contra los españoles no se tuvo el mismo éxito. Se perdieron las tierras y la frontera quedó en el río Bio-Bío. En realidad, la guerra contra los hambres del Inca había sido una confrontación librada contra un enemigo cuantitativamente superior -que podía movilizar amplios recursos económicos, militares y humanos- pero cuya base material y técnica no era sustancialmente diferente; sus armas, sus tácticas y su motivación no eran ajenas ni extrañas. Tampoco lo era la estructura social sobre la cual descansaban sus esfuerzos bélicos, especialmente en el mundo que surgía en las regiones periféricas. La lucha contra los hispanos, en cambio, era contra un universo cualitativamente diferente y materialmente superior. Si bien el número de los soldados con que llegó Valdivia era bastante pequeño, detrás de ellos estaban las demás fuerzas diseminadas por el continente, España y el Viejo Mundo. Se luchaba por la vigencia de dos modos de vida distintos, de dos economías diferentes, de dos organizaciones sociales opuestas. La valentía y el heroísmo de los indios no era suficiente para superar la gran brecha ni tampoco lo eran los rasgos de similitud exterior que emergieron durante el desarrollo del conflicto. A lo más, podían servir para ganar tiempo y contener, momentáneamente, el proceso expansionista europeo, para permitir la fuga hacia el sur o hacia el este. La guerra estaba definida desde un comienzo, a no ser que mediara un cambio radical en la actitud de los hispanos o que sus fuerzas fueran derrotadas

en otro lugar de América. Pero la hueste valdiviana había mostrado su decisión de quedarse.

Sin duda, los indígenas fueron también, en gran parte, los autores de su propia derrota, al insistir en la implementación de un tipo de estrategia basada en la defensa de fuertes que la caballería española, más que sus armas de fuego, hicieron obsoleta. No era ya la época de los grandes y engorrosos sitios ni de las movilizaciones masivas de guerreros —como en los días de la guerra contra el inca—, porque los soldados peninsulares podían recorrer grandes distancias en corto tiempo e impedir la concentración de recursos que pretendían los jefes indígenas. La antigua guerra había sido reemplazada por ataques sorpresivos y a mansalva. Tampoco convenía reunir recursos económicos en las fortalezas ni agrupar en esos lugares a sus mujeres e hijos, porque los dejaban expuestos a la codicia y a la crueldad de sus enemigos. De otra parte, se requería la formación de un liderazgo político suficientemente fuerte que permitiera coordinar el esfuerzo bélico colectivo y que superara el fraccionalismo militar tradicional. Se necesitaba además establecer rondas y sistemas de guardias eficientes en cada fuerte, construir sistemas laterales de defensa —tales como puentes falsos, unidades defensivas de avanzada, y creación de aludes artificiales— unidos con partidas de guerreros que hostigaran a las columnas españolas. Por sobre todo, urgía darle a la guerra un carácter ofensivo y trasladar el teatro de confrontaciones a Santiago.

Los jefes indígenas intentaron subsanar estos errores llevando a cabo acciones confederadas y simultáneas o erigiendo varios fuertes en un mismo radio. Pero sus esfuerzos fueron en vano. La sociedad nativa se desmoronaba rápidamente bajo el impacto de una guerra implacable, cuya duración se extendía al período pre-hispánico. La estrategia general era la equivocada y no había tiempo para cambiarla. La derrota, si así se puede llamar a la fuga masiva hacia el sur, tomó lugar precisamente porque el mundo que había hecho posible ese tipo de guerra en las décadas previas y que permitía la construcción, mantención y defensa de las fortalezas se desarticulaba y desaparecía. Su extinción, marcada por la súbita ola migratoria de 1544, puso

fin a los fuertes y a las tácticas de guerra defensiva y posicional y dió comienzo a la guerrilla, al bandidismo indígena y a la rebeldía con tonos mesiánicos. Concluía la época de los guerreros y comenzaba la historia de los vencidos.

NOTAS:

- * El presente trabajo es la continuación de "Expansión y Resistencia Indígena, 1470-1536" publicado en Revista Chungará, Nº 11, pp.95-115 (Antofagasta, 1982). Mis agradecimientos para Rafael Varón, Rubén Stehberg y Amando de Ramón, que hicieron valiosos comentarios al borrador original.

- 1.- "Probanza de Méritos y servicios de Garcí González Rubí, en las conquistas y poblaciones de las provincias de Cuzco, Charcas, Chichas y otras en compañía del Adelantado Don Diego de Almagro y del capitán Juan de Saavedra, 15 de Junio de 1561" en Colección de Documentos Inéditos para la Historia de Chile desde el viaje de Magallanes hasta la batalla de Maipo, 1518-1818 colectados y publicados por José Toribio Medina, 1a. serie, (30 Vols., Santiago, 18- -1902), Vol. 7, p.265. Citados en adelante como **CDIHCH**. Información adicional en Cristóbal de Molina, *El Chileno*, "Conquista y Población del Perú o Destrucción del Perú" (1553) Biblioteca Peruana, 1a. serie, Vol. 3, (Lima, 1968) y en "Relación hecha por el Tesorero Manuel de Espinal al Emperador, Lima, 15 de Junio de 1539" en Raúl Porras B., edit., Colección de Documentos Inéditos para la Historia del Perú, Cartas del Perú (1524-1543), (Lima, 1959), p.351.
2. "Probanza de Méritos y Servicios de Diego de Encinas, Conquistador y Pacificador en el Perú y Descubridor de Chile, Agosto de 1559" en **CDIHCH**, Vol. 7, p.207.
3. Declaración de Rodrigo de Quiroga en Probanza de Garcí González, op. cit., p. 271.

4. "Crónica del reino de Chile escrita por el capitán Pedro Mariño de Lobera. Reducida a nuevo estilo y método por el padre Bartolomé Escobar" , en Crónicas del reino de Chile, Biblioteca de Autores Españoles, Vol. 131 (Madrid, 1960), p.244.
5. Ibid.
6. Gerónimo de Quiroga, Memorias de los sucesos de la guerra de Chile (Santiago, 1979), p.42. Respecto a las razones que tuvo Almagro para retornar a Perú véase Armando de Ramón "Gestación del descubrimiento de Chile central y abandono de su conquista en 1536" en Boletín de la Academia Chilena de la Historia, Nº 61, pp.131-149.
7. Alonso de Ovalle, Histórica Relación del Reino de Chile (1646), (Santiago, 1969), p.169. Más datos sobre la empresa de Almagro en Sergio Villalobos, "Almagro y los Incas" en ROHIG, Nº 130, (1962), *passim*; Horacio Zapater, "Los Incas y la Conquista de Chile" en Historia, Vol. 15 (1981), pp.249-268, *passim*.
8. Gerónimo de Bibar, Crónica y Relación Copiosa y Verdadera de los Reinos de Chile (1558) (Santiago, 1966), p.39. Diego de Rosales, Historia General de el Reyno de Chile, Flandes Flandes Indiano (3 Vols., Valparaíso, 1877), sigue muy de cerca los eventos descritos por Bibar en esta sección. Esto puede ser interpretado como un temprano acceso de Rosales al manuscrito de Bibar.
9. Ibid, p.41.
10. Ibid.
11. León, op. cit., p.108.
12. Bibar, op. cit., p.41. Rosales apuntó en su obra "que a los caciques indios que le habían dado obediencia y le seguían, él les daría el castigo que su locura y osadía merecía..."

op. cit., Vol. 1, p.394.

13. Carta de Pedro de Valdivia a Hernando de Pizarro, La Serena, 4 de Septiembre de 1545, en Crónicas del Reino de Chile, op. cit., p.17; Valdivia aprovechó estos rumores para lograr que el Cabildo le nombrase gobernador del reino. Véase Carta de Pedro de Valdivia al Emperador Carlos V, La Serena, 4 de Septiembre de 1545, en Crónicas del Reino de Chile, op. cit., p.5.
14. Declaración de Diego García de Cáceres incluida en "Información de Servicios hechos a S.M. en las provincias del Perú y Chile por Rodrigo de Quiroga, gobernador de las provincias de Chile, 31 de Octubre de 1560" en **CIHCH**, 1a. serie, Vol.16, p.175.
15. "Información de Servicios hechos a S.M. en las provincias del Perú y Chile por Rodrigo de Quiroga... , 31 de Octubre de 1560" op. cit., p.118.
16. Información de Servicios del capitán Pedro de Miranda incluida en "Juan Godínez, vecino de Chile, con Doña Esperanza de Rueda y Pedro de Miranda de la misma vecindad, sobre ciertos indios, 30 de Diciembre de 1564" en **CIHCH**, 1a. serie, Vol.14, p.357.
17. "Probanza de Méritos y Servicios de Santiago de Azócar, 17 de octubre de 1562" en **CIHCH**, Vol. 12,p.42.
18. Probanza de Méritos de Antonio de Taravajano incluida en "Probanza de Juan Gómez Almagro y Antonio Taravajano en el pleito seguido entre ambos sobre la encomienda de indios de Topocalma, 1556-1561" en **CIHCH**, Vol.11, 1a. serie, p.238.
19. Mariño de Lobera, op. cit., p.260.
20. Declaración de Rodrigo de Quiroga incluida en Probanza de Méritos y servicios de P. de Miranda incluida en "Juan Godínez, vecino de Chile, con Doña Esperanza Rueda..." op. cit., p.362.

21. Bibar, op. cit., p.43.
22. Ibid, p.42.
23. Ibid, p.38.
24. Mariño de Lobera, op. cit., p.260.
25. Ibid; véase también "Probanza de los Méritos y Servicios de Santiago de Azóca, 17 de octubre, 1562" en CDIHC, Vol. 12, p.
26. Ibid.
27. Bibar, op. cit., p.42.
28. Ibid, p.43.
29. Mariño de Lobera, op. cit., p.260.
30. "Probanza de Méritos y Servicios de Santiago de Azóca, op. cit., p.42. op. cit., p.42
31. Bibar, op. cit., p.43.
32. "Información de Servicios hechos a S.M. en las provincias del Perú y Chile..." op. cit., p.118.
33. Mariño de Lobera, op. cit., p.260.
34. Bibar, op. cit., p.45.
35. Declaración de Rodrigo de Quiroga en "Juan Godínez, vecino de Chile, con Doña Esperanza de Rueda..." op. cit., p.362.
36. "Juan de Cuevas, vecino de Santiago de Chile, con Lope de Peña, vecino de la ciudad de Mendoza, sobre los caciques Elchina y Nicha y los demás contenidos en la demanda, 1575" en CDIHC, 1a. serie, Vol. 15, p.346.

37. Declaración de Diego García de Cáceres incluida en "Información de Servicios hechos a S.M. en las provincias del Perú y Chile por Rodrigo de Quiroga..." op.cit., p.176; Gabriel Guarda, Historia Urbana del Reino de Chile (Santiago, 1978) ha descrito los "poblados fortificados llamados vulgarmente Pucaras" que existían en el extremo norte del país. Refiriéndose a ellos señalaba: "están circunscritos por defensas muradas y situados generalmente en lugares estratégicos de difícil ataque, con cómodo acceso a las aguas de los ríos y cercanos a campos de cultivo extensos, siendo su sistema de riego de canales, por la influencia recibida de la cultura de Tiahuanaco"., p.12. El mismo autor describe un segundo tipo de asentamiento para el área nortina constituidos por "poblados estratégicos aglutinados, sin fortificaciones... están en lugares fácilmente defensibles, dominando vegas y extensiones de cultivos menores..." p.12.
38. Bibar, op.cit., p.52; Rodrigo de Quiroga declaraba más tarde habían participado "toda la gente de guerra desta provincia y mucha parte de los indios diaguitas, a quienes ellos habían enviado a llamar... serían doce o trece mill indios...", en "Probanza de los Méritos y Servicios de Santiago de Azóca..." op.cit., p.107.
39. Mariño de Lobera, op.cit., p.263.
40. Ibid.
41. Bibar, op.cit., p.52.
42. Diego Barros Arana, Historia Jeneral de Chile (16 Vols., Santiago, 1884-1902), Vol. 1, p.241.
43. Valdivia a Pizarro, La Serena, 4 de Septiembre 1545, op.cit., p.17; Véase también Valdivia al Emperador Carlos V, La Serena, 4 de septiembre de 1545, op.cit., p.6.
44. Pedro de Valdivia a sus Apoderados en la Corte, 15 de Octubre de 1550, en Crónicas del Reino de Chile, op.cit., p.30;

Quiroga, op.cit., p.50.

45. Bibar, op.cit., p.52; Detalles sobre la campaña en Carlos J.Larraín "Francisco de Riberos, Conquistador de Chile" en BACH, Nº 16, pp.112-113.
46. Bibar, op.cit., p.53.
47. Ibid, p.54.
48. Ibid, p.54.
49. Mariño de Lobera, op.cit., p.364; la mayoría de los historiadores han descrito con detalles el ataque lo que hace innecesaria su repetición en este trabajo.
50. Ibid.
51. Bibar, op.cit., p.
52. Mariño de Lobera, op.cit., p.264.
53. "Historia de Chile desde su descubrimiento hasta el año de 1575, compuesta por el capitán Alonso de Góngora Marmolejo" en crónicas de Chile, op.cit., p.83.
54. Mariño de Lobera, op.cit., p.269.
55. Ibid.
56. "Información de Antonio de Taravajano, 23 de julio de 1555" en CDHCH, la. serie, Vol. 15, p.288.
57. Bibar, op.cit., p.61.
58. Sobre las dificultades enfrentadas durante este período, véase Crescente Errázuriz, Historia de Chile, Pedro de Valdivia (2 Vols., Santiago, 1911), Vol.1, pp.256-268; Manuel Salvat, "El régimen de encomiendas en los primeros tiempos de la conquista" en RCHG, Nº 132, pp.41-44.

59. Bibar, op.cit., p.61.
60. Bibar, op.cit., p.62.
61. Bibar, op.cit., p.68.
62. Ibid.
63. Bibar, op.cit., p.70.
64. Ibid, p.77.
65. Ibid, p.77.
66. Ibid.
67. Ibid, p.79.
68. Ibid, p.81.
69. "Información de Servicios hechos a S.M. en las provincias del Perú y Chile por Rodrigo de Quiroga... 31 de octubre de 1560" op.cit., p.118.
70. Declaración de Juan de Cuevas, Ibid, p.145.
71. Declaración de Juan de Godínez, Ibid, p.161.
72. Declaración de Diego García de Cáceres, Ibid, p.176.
73. "Información de Méritos y Servicios de Alonso de Córdoba, 9 de noviembre de 1549" en CDIHC, la. serie, Vol. 8, p.460.
74. Declaración del clérigo Juan Lobo incluída en la "Información de Méritos y Servicios de Alonso de Córdoba..." op.cit., p.467. Rodrigo de Quiroga, Gaspar de Vergara y Hernando de Poblete hicieron declaraciones similares.
75. "Información de Méritos y Servicios de Juan de Cuevas" en

CDIHC, 1a. serie, Vol. 12, p.276.

76. "Méritos y servicios del capitán Juan de Cuevas y de su hijo el Licenciado Andrés Jiménez de Mendoza, 10 de julio de 1584", en CDIHC, 1a. serie, Vol. 25, p.260. Antonio de Zapata, vecino de Santiago que actuó como testigo en la Probanza declaraba que Juan de Cuevas se había distinguido "especialmente con los naturales de la Angostura y pueblos a ella cercanos y Copequen y Guaquila y en los Guacoches y río de Maipo, en los cuales dichos sitios estaban fortificados los dichos indios...", p.293.
77. "Probanza de Antonio de Taravajano, 16 de Febrero de 1565", en CDIHC, 1a. serie, Vol. 11, p.239.
78. Declaración de Pedro de Villagrán incluida en "Probanza de Antonio de Taravajano...", op.cit., p.243.
"Información de los servicios de Pedro de Villagrán, 11 de septiembre de 1562" en CDIHC, 1a. serie, Vol. 13, p.15.
79. "Probanza del capitán Diego García de Córeres, vecino de la ciudad de Cuyo, en la que pide que sobre los indios que tiene se le encamienden otros con que se pueda suscentar, 22 de octubre de 1563" en CDIHC, 1a. serie, Vol. 18, p.99.
80. Valdivia a Pizarro, 4 de septiembre de 1545, op.cit., 19.
81. Valdivia a sus Apoderados en la Corte, op.cit., p.30.
82. Pedro de Valdivia al Emperador Carlos V, 15 de octubre de 1550, en Crónicas del Reino de Chile, op.cit., p.43.
83. Valdivia al Emperador Carlos V, 4 de septiembre de 1545, op.cit., p.6.
84. Bibar, op.cit., p.73.
85. Mariño de Lobera, op.cit., p.270. Este combate entre las fuerzas españolas y los defensores de la región occidental

del valle de Aconcagua ha sido ubicado cronológicamente en el período que se extiende de octubre de 1541 a mayo de 1542. De acuerdo a algunas declaraciones, sin embargo, debiera ser ubicado en los días previos al incendio de Santiago (agosto de 1541), en el contexto de la campaña de represión organizada por Valdivia contra los indios que dieron muerte a los españoles en Quintero y Marga-Marga y que finalmente no pudo concluirse por la decisión del gobernador de marchar contra los Pramaucaes. De acuerdo al único sobreviviente de los peninsulares asentados en Aconcagua, Valdivia fue efectivamente a las tierras de Tanjalongo y Chingaimangue con 40 hombres pero "que visto había tantos indios, se volvió a ésta dicha ciudad...". Véase declaración de Gonzalo de los Ríos en Información de Servicios del capitán Pedro Miranda, op.cit., Vol. 14.p.378; otros soldados corroboran esta versión en pp.308-362-365-369-371-373 y 375. Es probable que Valdivia haya organizado más de una expedición contra los territorios controlados por Tanjalongo y Chingaimangue, particularmente si se tiene en cuenta su interés por tener acceso a la costa y abrir las comunicaciones marítimas con Perú. En la práctica, existen antecedentes de un encuentro aún más temprano con los guerreros de Tanjalongo, quienes habrían usado una "fortaleza" para resistir las primeras columnas expedicionarias enviados por Valdivia al área; véase, Rosales, op.cit., Vol. 1, p.381.

86. "Probanza del capitán Diego García de Cáceres...1563", op.cit., p.101.

87. "Probanza de Méritos y Servicios de Santiago de Azóca...", op.cit., p.43.

88. Declaración de Juan Godínez incluida en "Probanza de Méritos y Servicios de Santiago de Azóca...", op.cit., p.73.

89. "Información de servicios hechos a Su Majestad en las provincias del Perú y Chile por Rodrigo de Quiroga,..." op.cit., p.118 y 260.

90. Mariño de Lobera, op.cit., p.271.
91. "Probanza del capitán Diego García Cáceres... 1563", op.cit., p.101; el combate contra Tanjalongo fue muy importante, señalaba más tarde el capitán Juan Godínez, "porque desbarataron el dicho fuerte e prendieron al dicho Tangalongo é le trajeron preso a ésta ciudad é le castigaron, lo cual fue mucha parte para questa tierra se asentase y estuviera de paz". Declaración de Joan Godínez en "Probanza de Méritos y Servicios de Santiago de Azóca..." op.cit., p.73.
92. Bibar, op.cit., p.83.
93. Mariño de Lobera, op.cit., p.271 y 272.
94. Bibar, op.cit., p.84.
95. Ibid, p.86.
96. Ibid, p.87.
97. Gonzalo Fernández de Oviedo, Historia General y Natural de las Indias, Biblioteca de Autores Españoles, Vol. , (Madrid, 19), p.
98. Sobre el apoyo prestado por los incas, véase Villalobos, op.cit., y Zapater, op.cit.; Sobre la expedición de Almagro se encuentran detalles adicionales en Sergio Villalobos y Rolando Mellafe, Diego de Almagro (Santiago, 1954) y en José Armando de Ramón, Descubrimiento de Chile y compañeros de Almagro (Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Católica de Chile, Santiago, 1953).
99. "Probanza hecha ad perpetuum rei memorian en esta ciudad del Cuzco ante la justicia mayor de ella a pedimento de Pablo Inga sobre los servicios que a Su Majestad ha hecho y como es bueno y amigo de los cristianos y otras cosas, según que en ella se contiene, 6 de abril de 1540" en CDIH, Vol. 5, p.256.

100. Rosales, op.cit., p.369.
101. Ovalle, op.cit., p.169.
102. Ibid, p.171.
103. Bibar, op.cit., p.16.
104. Rosales, op.cit., p.375.
105. Ibid. p.380.
106. Ibid, p.383.
107. Valdivia a Hernando de Pizarro, 4 de septiembre de 1545, op.cit.
108. Rosales, op.cit., p.406.
109. Ibid, p.410. Bibar describe el mismo complot, pp.52 y ss.
110. "Probanza del capitán Diego García de Cáceres..., 22 de octubre de 1563" op.cit., p.100.
111. Declaración de Rodrigo de Quiroga, en "Probanza del capitán Diego García de Cáceres..." op.cit., p.221.
112. Declaración del capitán Juan Gómez en "Probanza del capitán Diego García de Cáceres..." op.cit., p.137.
113. Declaración de Santiago de Azóca en "Probanza del capitán Diego García de Cáceres..." op.cit., p.192.
114. Esta situación fue descrita recientemente por Horacio Zapater quien señala: "En el primer período (1536-1543), la resistencia indígena sostuvo conexión y orientación con el Inca Manco II, al mantenerse la infraestructura del Imperio... Zapater, op.cit., p.268.

115. "Diego García de Villalón, Alguacil Mayor de la ciudad de la La Paz, con el Fiscal de S.M., sobre restitución de los indios de que fue despojado, año de 1563" en CDIHO, Vol. 12, p.161. Véase también "Carta del Licenciado Vaca de Castro, 5 de noviembre de 1542" en R. Levillier, Edit. Gobernantes del Perú (Madrid, 1921), Vol. 1, p.67; y "Información de testigos presentada por Lucas Martínez Vegazo en Juicio Criminal que se le siguió en el Cuzco ante el Licenciado Andrés de Franco, Cuzco, 9 de julio de 1548" publicado por N.M.V. en RCHG, Nº 115 (1950), p.31.
116. Valdivia al Emperador Carlos V, La Serena, 4 de septiembre de 1545, op.cit., p.9.
117. Ibid.
118. Valdivia a Hernando de Pizarro, La Serena, 4 de septiembre de 1545, op.cit., p.19.
119. Valdivia a sus Apoderados en la Corte, op.cit., p.30.
120. Valdivia al Emperador Carlos V, La Serena, 4 de septiembre de 1550, op.cit., p.43.
121. Bibar, op.cit., p.91.
122. Góngora y Marmolejo, op.cit., p.86.
123. Antonio Vázquez de Espinosa, Compendio y Descripción de las Indias Occidentales, (1630 ?), (Washington, 1948), p.700.
124. Alonso de Ercilla y Zúñiga, La Araucana. Edición crítica con notas históricas y bibliográficas de don José Toribio Medina (5 Vols., Santiago, 1910-1918), Canto I, verso 473 y ss.
125. Ida Stevenson W.Vernon, Pedro de Valdivia, Conquistador of Chile (Austin, 1946), pp.104-105; Jaime Eyzaguirre, Historia de Chile (Santiago, 1964), pp.66-67. Más recientemente,

Sergio Villalobos ha expresado de un modo menos categórico: "El pueblo Picunche de la región central quedó virtualmente aplastado antes del año de fundada la ciudad de Santiago, aunque los españoles no pudieron ejercer una dominación real hasta tres años después", Sergio Villalobos, Historia del pueblo chileno, Vol. 2, p.146. Horacio Zapater, op.cit., p.267 señala que el sometimiento definitivo se alcanzó solamente en 1549.

126. Información de Méritos y Servicios del capitán Pedro de Miranda incluida en "Juan Godínez, vecino de Chile...", op.cit., p.309; véase también página 359.
127. Declaración de Rodrigo de Quiroga, Ibid, p.363.
128. "Probanza de Méritos y Servicios de Santiago de Azóca, 17 de octubre de 1562" en CDIHCH, 1a. serie, Vol. 12, p.43.
129. Declaración de García Hernández incluida en "Probanza de Méritos y Servicios de Santiago Azóca..." op.cit., p.90.
130. Ibid, declaración de Rodrigo de Quiroga, p.109.
131. Rosales, op.cit., p.416.